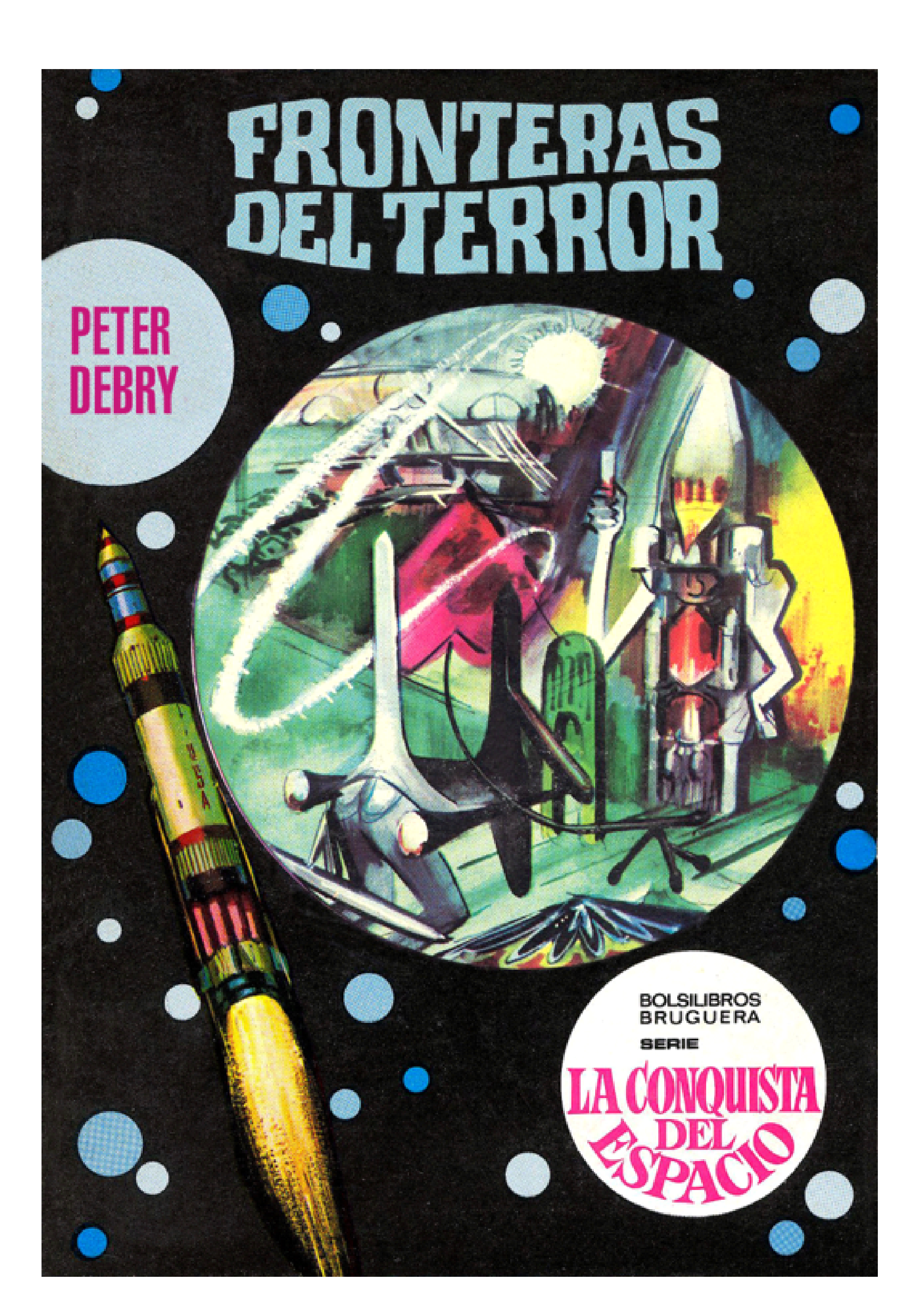

FRONTERAS DEL TERROR
PETER DEBRY
BOLSILIBROS BRUGUERA
SERIE
LA CONQUISTA DEL ESPACIO



FRONTERAS DEL TERROR
PETER DEBRY
BOLSILIBROS BRUGUERA
SERIE
LA CONQUISTA DEL ESPACIO



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

PETER DEBRY

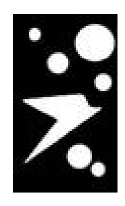
FRONTERAS DEL TERROR

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 13

Publicación quincenal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito legal B 32.622-1970

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: octubre, 1970

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

8. —LOS SUPERSERES — Glenn Parrish.

9. —PLANETA DE MUJERES — Keith Luger.

10. — MUÑECOS DE MUERTE — Marcus Sidereo.

11. —PLAZA PARA UN PLANETA — Glenn Parrish.

12. — EL CANJE — Ralph Barby.

CAPÍTULO PRIMERO

Con suave susurro el tubo de comunicaciones dejó caer una cápsula-mensaje en la taza receptora. El timbre de aviso campanilleó por una sola vez.

Fryman Farland acechó la inofensiva cápsula como si fuese una bomba a punto de estallar.

Algo iba mal. Aquel mensaje significaba una anormalidad. Sintió en su estómago el estrujón de la inquietud. Aquello no era una nota rutinaria del servicio ni una comunicación del hotel, sino un mensaje personal y sellado.

Sin embargo, no conocía nadie en aquel planeta, ya que había llegado en el espacial, ocho horas antes y por vez primera. Por consiguiente no podía recibir ningún mensaje personal. Pero ahí estaba.

Rompiendo el sello con la uña del pulgar, quitó el tapón de cierre. El minúsculo alambre en la cápsula del tamaño de un lápiz daba a la voz grabada un sonido metálico, sin matiz que permitiese identificar a quien hablaba:

—Zask Metaurus desea ver a Fryman Farland. Estoy aguardando en el vestíbulo.

El mensaje no era normal, resultaba inquietante, y, sin embargo, no podía negarse a la petición. Cabía la posibilidad de que el solicitante fuera inofensivo. Quizás un vendedor de algo, o un caso de identidad equivocada.

Pero por si acaso, Farland colocó meticulosamente su pistola tras un cojín del diván, con el seguro quitado. Comunicó a la recepción la señal afirmativa aceptando recibir al visitante.

Cuando la puerta se abrió, Farland estaba arrellanado en una esquina del diván, paladeando el líquido tonificante de un vaso alto y estrecho.

«Un luchador ya maduro.» Este fue el primer pensamiento de Farland cuando entró el visitante.

Zask Metaurus era un hombre roquizo, de cabello cenizoso. Su cuerpo parecía cincelado en planas lajas de músculo. Su ropa gris era casi un uniforme.

Ceñida a su antebrazo había una rugosa y muy gastada funda, por cuyo extremo asomaba el cañón de una pistola.

Zask Metaurus dijo bruscamente a modo de saludo:

—Tú eres Farland, el tahúr. Tengo que hacerte una oferta.

Farland, acechando al desconocido por encima del borde de su vaso, dejaba que su mente calculase las probabilidades.

Aquel individuo o bien era policía o pertenecía a la competencia. Y Fryman Farland no quería líos ni con unos ni con otros, tan pronto. Primero tenía que estar mejor informado antes de dejarse liar en ningún trato.

Sonrió amablemente.

—Lo siento, amigo, pero te equivocaste de sitio. Me gusta siempre hacer favores, pero mi modo de jugar beneficia más a los casinos que a mí mismo.

O sea que ya ves...

—No juguemos el uno con el otro —atajó Zask cavernosamente —. Tú eres Farland, procedes de Lehob. Si quieres más nombres, te mencionaré el planeta Tahaum, el Casino Nimbo y muchos más.

Tengo una proposición que nos beneficiará a ambos, y será mejor que me escuches sin salirte por la tangente.

Ninguno de los nombres mencionados provocó en Farland el menor cambio en su semisonrisa. Pero su cuerpo estaba tensamente alerta.

Aquel sujeto excesivamente musculoso sabía cosas que no tenía derecho a saber. Era ya el momento de cambiar de tema.

Dijo Farland:

—Te traes un portento de pistola. Muy bonita. Pero a mí las pistolas me ponen nervioso. Te agradecería que la dejases fuera.

Zask miró el arma enfundada en su antebrazo, como si la viera por primera vez. Y con expresión de fastidio, gruñó:

—Nunca me separo de ella.

Farland necesitaba jugar con ventaja si quería salir vivo de aquella entrevista.

Al inclinarse para dejar su vaso en la mesita, su otra mano reposó con toda naturalidad tras el cojín.

Tocaba ya la culata cuando manifestó indolentemente:

—Me temo que habré de insistir. Siempre me siento incómodo ante desconocidos con armas...

Hablaba para distraer la atención mientras sacaba su pistola.

Con destreza y rapidez.

Para los efectos resultantes pudo haberla sacado muy lentamente.

Zask Metaurus permaneció por completo inmóvil mientras aparecía la pistola empuñada por Farland, y mientras se movía en su dirección.

No actuó hasta el último instante.

Cuando lo hizo, su movimiento no fue visible.

Un instante antes su pistola estaba en la funda de su antebrazo.

Y una décima de segundo después encañonaba a Farland entre los dos ojos.

Era una pistola pesada, fea, con el orificio frontal ennegrecido, revelando mucho uso.

Y Fryman Farland supo de inmediato que si alzaba su propia pistola tan sólo una fracción de centímetro, equivalía a condenarse a sí mismo a una muerte fulminante.

Bajó muy cuidadosamente el brazo, depositando el arma sobre el asiento como si quemase.

Zask Metaurus enfundó con la misma facilidad que había sacado, y dijo inexpresivo:

—Bueno, dejémonos de tonterías. Hablemos ya de negocios.

Farland cogió el vaso y deglutió un buen sorbo, para calmarse.

Era rápido con la pistola. Su vida había dependido en más de una ocasión de esta destreza. Y ésta era la primera vez que alguien le ganaba por la mano.

Lo que más le irritaba era la manera con que Zask le ganó. Sin darle la menor importancia, como quien aventa una mosca.

Dijo Farland acremente:

—No tengo intención de hacer negocios. He venido a Junifer a por unas vacaciones, a descansar de todo trabajo.

—No nos engañemos, Farland. Tú nunca has trabajado en ninguna tarea decente en toda tu vida. Eres un jugador profesional y ésta es la razón por la cual he venido a verte.

Farland controló su malhumor y empujó la pistola al otro extremo del diván. Así no sentiría la tentación de emplearla, y suicidarse.

Hasta entonces estuvo muy seguro de que nadie le conocía en Junifer y había planeado dar el gran golpe en el casino.

—Bien, ¿y qué clase de negocio es el que ofreces?

Como respuesta, Zask se instaló en un sillón que crujió bajo su peso. Extrajo un sobre del bolsillo, hurgó en su interior y dejó caer

sobre la mesita un fajo de relucientes billetes de Cambio Galáctico.

Farland miró los billetes, y súbitamente respingó, sentándose normalmente. Sostuvo un billete en el aire, al trasluz, preguntando:

—¿Falsos?

—Muy legítimos. Proceden de un Banco. Exactamente veintisiete billetes... o sea, veintisiete millones de créditos. Quiero que los emplees como caudal visible cuando vayas al casino esta noche. Juega con ellos y gana.

—No sé lo qué te propones, Zask, pero has de comprender que no puedo darte ninguna garantía. Yo juego, pero no siempre gano.

—Tú juegas y ganas cuando quieres. Comprenderás que antes de venir a hablar contigo, examinamos a fondo tu historial.

—Supongo que no pretenderás decir que yo hago trampas...

—Francamente, no me importa que lo llames trampa o habilidad. Por lo que a mí se refiere, puedes tener las mangas forradas de ases y electromagnetos en tus tacones, con tal de que ganes. Vine a hacerte una proposición, no a hacerte un cursillo de moral. Hemos trabajado duro para conseguir este dinero, pero no basta. Necesitamos tres mil millones de créditos. El único medio de conseguir esta cantidad es por el juego. Con este fondo de veintisiete millones.

Como si aquella fantástica proposición tuviera sentido y lógica, preguntó Farland fríamente:

—¿Y qué saco yo de ganancia?

—Podrás quedarte con todo lo que pase de los tres mil millones. Me parece un buen trato. No arriesgas tu propio dinero, y podrás sacar lo suficiente para vivir el resto de tus días sin dar ni golpe, si ganas.

—¿Y si pierdo?

—Sí, claro, cabe una posibilidad de que pierdas. No pensé en ello.

Pensó en ello por un momento y pareció no gustarle la idea.

—Bien, si pierdes, supongo que es un riesgo que debemos correr. Aunque entonces creo que tendría que matarte. Es lo menos que se merecen los que murieron por conseguir estos veintisiete millones.

Lo anunció tranquilamente, sin maldad, y más que una amenaza era una simple decisión bien pesada.

Aquella extraña oferta encolerizaba a Farland, y al mismo tiempo ejercía en él una fatal fascinación. Era un jugador nato.

Tendió el índice hacia el atleta arrellanado en el sillón.

—De acuerdo. Y probablemente ya sabías que aceptaría desde el mismo momento en que entraste. Pero con algunas condiciones. Quiero saber quién eres, quiénes son esos «ellos» de los que hablas, y de dónde procede el dinero. ¿Un atraco? ¿Dinero robado?

—No, no, todo lo contrario. Dos años de trabajo en las minas de Metaurus y el metal recogido vendido aquí en Junifer. Esto lo podrás comprobar fácilmente. Lo vendí yo mismo al Banco de metales.

—¿Y tú quién eres?

—Soy el embajador de Metaurus en este planeta.

Y Zask sonrió como un dogo con dolor de muelas, al añadir:

—Lo cual no significa gran cosa. También soy embajador de por lo menos otros seis planetas. Viene de perlas para hacer negocios.

Farland estudió a Zask. Un recio atleta de cabello cenizoso y ropa lustrosa por el uso, de corte militar.

Decidió no reírse. Se oían rumores de cosas raras en los planetas fronterizos y cada palabra podía ser verdad.

Nunca había oído hablar de Metaurus, pero esto no significaba nada. Había más de treinta mil planetas conocidos en el Universo inhabitado.

—Comprobaré lo que me dices, y si es verdad, cuenta conmigo. Me vienes a ver mañana…

—No. Hoy. El dinero ha de ser ganado esta noche. Ya he firmado un cheque por estos veintisiete millones, y rebotaría tan alto como las Pléyades a menos que depositemos el dinero por la mañana. O sea que tenemos el tiempo limitado a esta noche.

—Bien, de acuerdo. Esta noche entonces. Pero necesitaré disponer de uno de estos billetes para comprobar si es legítimo.

Zask se levantó disponiéndose a marcharse.

—Quédate con todos. No volveré a hablar contigo hasta después que hayas ganado. Estaré en el casino, lógicamente, pero no me reconozcas. Será mucho mejor que ellos no sepan de dónde procede tu dinero.

Y se fue tras un apretón de manos crujiente que abarcó la diestra de Farland como una tenaza.

Farland se quedó a solas con el dinero.

Un fortunón.

Esparciendo los billetes como si fueran naipes de una baraja, contempló los anversos de oro y ocre, intentando que la realidad penetrase en su seso.

Veintisiete millones de créditos. ¿Qué le impedía recogerlos, salir por la puerta y esfumarse?

Realmente, nada. Nada excepto su peculiar sentido del honor.

Zask Metaurus, el hombre con el mismo apellido que el planeta del que decía proceder, era el más grande de los tontos del Universo.

O quizá sabía perfectamente lo que se hacía.

Por el modo en que se desarrolló la entrevista, la última teoría era la más acertada.

CAPÍTULO II

Al terminar de mudarse por completo, dijo Farland en voz baja:

—Sabe Zask perfectamente que prefiero mucho más jugarme este dinero que robarlo.

Deslizando una pequeña pistola en la funda interior de su cinto del pantalón, tras haber embolsillado el dinero, abandonó la habitación.

Ondeando la mano hacia un helitaxi que pasaba, se dirigió rectamente al casino. Allí estaría a salvo. Por unas horas.

Era la primera vez que llevar mucho dinero encima le hacía sentirse incómodo.

El casino de Junifer era uno de los más reputados del enjambre de sistemas estelares. Farland lo visitaba por primera vez, pero conocía el prototipo. La decoración cambiaba, pero en definitiva todos se asemejaban.

Teóricamente las partidas no teman límite de apuestas, pero esto era verdad hasta cierto punto. Cuando «la casa» perdía en exceso, los juegos honestos dejaban de serlo, y el gran ganador tenía que vigilar con sumo cuidado su actividad.

El comedor estaba casi vacío y el maestresala se precipitó para

acoger al forastero que vestía con elegante distinción.

Enjuto y moreno, Fryman Farland actuaba con aplomo. Más como el heredero de una gran fortuna ancestral que como un jugador profesional.

Su aspecto, la fachada, era muy importante, y la cuidaba.

La cocina era buena y la bodega maravillosa. Cenó despaciosamente y cuando terminaba, el amplio comedor estaba ya repleto de concurrencia.

Cuando entró en las salas de juego, estaban en pleno funcionamiento. Avanzando lentamente de mesa en mesa, jugó unos miles de créditos. No prestaba apenas atención al juego. Se concentraba en «tomar el pulso» a las diferentes clases de juego.

Todos parecían decentes y ninguna de las mesas ni barajas estaba trucada.

En determinado momento vio a Zask de soslayo, pero pasó de largo, fingiendo no verle. El embajador estaba perdiendo pequeñas cantidades en la ruleta y parecía estar impaciente.

Se instaló Farland en la mesa de dados, meditando: «Si esta noche percibo el "toque” dejaré este casino a cero».

Este era su secreto, el poder que le hacía ganar para vivir bien y que de vez en cuando le permitía un desbancamiento «de la casa», obligándole a emprender el vuelo rápidamente antes que los matones a sueldo viniesen a recuperar privadamente el dinero.

Sentado, haciendo pequeñas apuestas mientras los dados iban de jugador en jugador, pensó nuevamente en aquel poder especial:

«Es curioso... tantos adelantos y seguimos sin saber gran cosa sobre ciertos poderes especiales.»

Sentíase en plenitud de facultades aquella noche. Lenta y cuidadosamente fue aumentando sus apuestas. No le era necesario «trabajar» los dados. Rodaban y se quedaban quietos en el número deseado, como perros amaestrados.

Se concentró en la psicología de los jugadores y del croupier del rastrillo. Sin prisas. Con pausa. A las dos horas había ganado setecientos mil créditos.

Entonces captó al croupier haciendo una seña. Indicaba al vigilante de sala que un desconocido estaba ganando con sólida continuidad.

Aguardó hasta que un individuo de duros ojos penetrantes acudió a vigilar la partida. Recogiendo los dados, Fryman Farland sopló en ellos como un supersticioso, apostó todo su resto completo… y lo perdió sacando la cifra gafe: un dos y un uno.

El vigilante sonrió complacido, el croupier se distendió, y de reojo vio Farland que el rostro de Zask se congestionaba.

Venía el momento teatral. Farland, sudoroso, trémulas las manos levemente, ya que no debía exagerar la nota, sacó de su bolsillo uno de los sobres con billetes.

Extendió en fajo su dinero y preguntó:

—¿Podríamos echar una partida sin límite? Me gustaría… pues, sí, me gustaría recuperar algo del dinero que llevo perdido.

El croupier dominó la compasiva sonrisa consultando con la mirada al vigilante que asintió en rápida cabezada. Tenía entre manos a un tonto, un primo, y se trataba de dejarle limpio.

Farland jugó contra la casa. Empezó a congregarse un grupo de mirones. Después de alternar ganancias y pérdidas, decidió Farland que tenía que dar el primer golpe serio.

Su poder especial, aquel indefinible psi, podía abandonarle tan de imprevisto como acudía. Ya le había sucedido otras veces.

Lanzó una serie en racha de dobles ganadores, y su montón de fichas de oro fue haciéndose cada vez más alto. Calculó a ojo que debía rondar ya por los cien mil millones.

Los dados seguían cayendo y rodando a su favor. Estaba empapado de sudor frío a causa del esfuerzo mental de su psi oportuno.

Apostó la totalidad de sus fichas, y alargó la mano hacia los dados. El rastrillo del croupier llegó antes, arrebatándolos.

El croupier dijo con su peculiar tono sin matices:

—La casa pide dados nuevos.

Irguiendo el busto, Farland se secó las manos con el pañuelo, satisfecho por aquellos instantes de alivio. Era la tercera vez que la casa había cambiado de dados para intentar romper su racha ganadora. Estaban en su derecho.

El vigilante de ojos como el pedernal, abrió su cartera al igual que hizo anteriormente y extrajo un par de dados. Quitándole su funda de plástico los arrojó por la mesa hacia Farland.

Se inmovilizaron en tres y cuatro: un siete natural y ganador. Pero no era jugada válida. Sonrió Farland al cogerlos.

Y cuando los agitó entre sus dos manos, se le fue la sonrisa.

Los dados eran transparentes, finamente cincelados, equilibrados en sus facetas… y trucados.

El pigmento de los huecos en cinco lados de cada dado era la aleación normal. El sexto lado era un compuesto férrico. Rodarían normalmente hasta que tropezasen con un campo magnético.

Lo cual significaba que la completa superficie de la mesa podía estar magnetizada. Nunca hubiese notado la diferencia de no haber «mirado» los dados con su mente. El poder psi.

Sacudiéndolos lentamente, miró en tomo de la mesa. Allí estaba lo que necesitaba. Un cenicero con magneto en su base para mantenerlo en el borde metálico de la mesa.

Farland dejó de agitar los dados. Los miró fingiendo gran extrañeza y alargando la otra mano agarró el cenicero, cuya base aplicó sobre su mano abierta, con los dados en la palma.

Al levantar el cenicero, hubo un murmullo de asombro. Los dados quedaban pegados a la base metálica. Farland sacudió el cenicero sin que los dados se desprendieran. Preguntó:

—¿Y esto es lo que llaman ustedes dados decentes?

El vigilante que había echado los dados en la mesa se llevó rápidamente la diestra al bolsillo de la cadera. Farland fue el único que vio lo que seguía.

Estaba acechando fijamente aquella mano, mientras sus propios dedos se hallaban cerca de la culata tras el cinto.

Cuando el vigilante hundía la mano en el bolsillo-funda, otra mano surgió por entre la muchedumbre agolpada tras él. Por su tamaño sólo podía pertenecer a una persona. Zask Metaurus.

El grueso pulgar y el índice presionaron en tomo a la muñeca del vigilante y retrocedieron.

El vigilante lanzó un agudo chillido, alzando el brazo. Su mano colgaba como un guante desde los rotos tendones de la muñeca.

Sintiéndose bien protegido, Farland pidió calmosamente :

—Los dados anteriores, por favor.

Lívido, el croupier empujó los dados normales hacia Farland, que los agitó rápidamente, tirándolos con fuerza.

Antes que golpeasen en la mesa, Farland se dio cuenta que ya no podía controlarlos. Su transitorio psi se había esfumado.

Los dados fueron dando sus volteretas hasta detenerse.

Quedaron boca arriba el cuatro y el tres. Siete ganador.

Contando las fichas a medida que eran empujadas hacia él, calculó Farland que ya pasaba unos miles de los doscientos mil millones. Esto ganaba si se retiraban. Se disponía a levantarse, cuando captó la fijeza de la mirada de Zask al otro lado de la mesa. Y Zask sacudía la cabeza en estólida negativa.

Cansinamente, inquieto, dijo Farland:

—Una tirada más. O todo o nada.

Sopló en los dados, los acarició, los pulimentó contra su manga, meditando cómo diablos se había metido en aquel lío. Cientos de miles de millones cabalgando en un par de dados. Una cantidad equivalente al ingreso anual de algunos planetas.

Sacudió los dos cubitos todo el tiempo que le fue posible, tratando de recobrar el control que se había ido. Y que ya no volvía.

Arrojó los dados.

Todo se había detenido en el casino y la gente se había subido en sillas y mesas para ver mejor. No se oía ni un aliento en aquella nutrida masa de mirones.

Los dados rebotaron contra el tablero de fondo con un chasquido que restalló en el silencio total y fueron dando sus tumbos sobre el paño.

Un cinco y un uno. Seis.

Tenía que repetirlo en menos de tres pases.

Recogiendo los dados, Farland les habló mimosamente, susurrando frases incoherentes que traían suerte. Los arrojó.

Cinco y uno. Seis. Había ganado.

La muchedumbre dejó escapar el suspiro general, y pronto se intercambiaron comentarios excitados.

Estremecido de euforia, Farland pensó que ganar aquel fortunón había sido solamente una parte del trabajo.

Ahora tenían que poder salir vivos con el botín.

Pasaba un camarero con una bandeja de bebidas. Farland le detuvo, insertándole un billete de mil créditos en su bolsillo.

Quitándole la bandeja de las manos, exclamó:

—¡Invito a los más cercanos!

Pronto quedó despejada la bandeja, y amontonó Farland en ella las fichas. Rebosaban, se desparramaban, pero apareció Zask con una segunda bandeja.

Dijo ceremoniosamente:

—Me complace poderle ayudar, señor, si me lo permite.

Asintió Farland riente.

Por fin podía ver claramente y de cuerpo entero a Zask. Vestía unos amplios pijama-smoking color púrpura que flotaban sobre lo que debía ser una almohada fingiendo estómago. Las mangas largas y amplias completaban su aspecto de hombre obeso. Era un disfraz simple y efectivo.

Transportando con cuidado las bandejas, rodeados por excitados concurrentes, llegaron hasta la ventanilla del cajero.

El propio gerente estaba allí, ostentando una forzada sonrisa. Que no pudo mantener cuando hubo contado las fichas.

—¿Puede volver mañana a primera hora? Me temo que no tenemos en caja esta cantidad.

Gritó Zask:

—¡Esto es el colmo! ¿Qué pasa aquí? ¿Intentan no pagar al señor? Cuando yo perdía mi dinero bien que lo cogieron fácilmente... O sea que si agarran el dinero de los que pierden, paguen al que gana.

Los mirones, contentos de ver perder estrepitosamente a la casa, mascullaron y gruñeron su desaprobación.

Farland puso punto final al asunto declarando:

—Seré razonable. Deme todo el efectivo líquido que tiene y aceptaré un cheque por el resto.

No había otra salida para el gerente que bajo la mirada amenazadora de los concurrentes, rellenó un voluminoso sobre con billetes y escribió firmándolo, un cheque.

Farland echó un rápido vistazo al cheque, y lo guardó en un bolsillo interior. Con el sobre abultado bajo un sobaco, siguió a Zask hacia la puerta.

Debido a los mirones, no hubo obstáculos en la sala principal ni en el vestíbulo, pero cuando llegaban a la salida lateral, dos individuos surgieron, bloqueándoles el paso.

Uno de ellos dijo:

—Un momento. Vayamos con calma, porque...

No pudo acabar su frase.

Zask Metaurus siguió caminando sin refrenar la zancada y los dos salieron despedidos a uno y otro lado como palos de bolos.

Fuera del edificio, Zask y Farland aceleraron el paso.

Dijo Zask:

—Al aparcamiento. Tengo un coche allí.

Cuando giraban la esquina, un coche acudía a toda velocidad hacia ellos.

Antes que Farland pudiera desenfundar, Zask alzó el brazo y su fea y enorme pistola surgió a través del tejido de su manga saltando a su diestra.

Un solo disparo mató al conductor y el coche derrapando fue a estrellarse en la esquina opuesta.

Los otros dos ocupantes del coche murieron cuando saltaban fuera, y sus pistolas cayeron de sus manos antes que pudieran usarlas.

Después ya no tuvieron más obstáculos.

Zask conducía al máximo alejándose del casino. La desgarrada manga de su pijama-smoking ondeaba al impulso de la brisa, dejando entrever la gran pistola nuevamente en su funda.

Dijo Farland:

—Tendrás que enseñarme cómo funciona este truco de tu funda, cuando se presente la ocasión.

—Así lo haré. Cuando se presente la ocasión.

Y el coche penetró por el conducto multitubular de acceso a la ciudad.

CAPÍTULO III

Farland contó los billetes y separó su parte. Casi dieciséis millones. Entregó el resto a Zask Metaurus, con el cheque.

—Aquí tienes tus tres mil millones. No creas qué fue fácil.

—Pudo ser peor.

El edificio ante el cual se detuvieron era una de las residencias más suntuosas de Junifer.

La voz grabada arañó en el micro sobre la puerta.

—Eris Sullen se ha retirado a descansar. Tengan la bondad de volver por la mañana. Todas las visitas deben ser previamente concertadas...

La voz dejó de hablar al empujar Zask la puerta. Lo hizo casi sin esfuerzo, con la palma de la mano.

Al entrar contempló Farland los restos de retorcido y roto metal que colgaba en tomo al cerrojo y volvió a sentir verdadera curiosidad por su compañero.

«Su fuerza es más que la física y orgánica. Es como una fuerza elemental. Tengo el pálpito de que nada puede detenerle.»

Esto le fastidiaba, y a la vez le fascinaba. No quería ya abandonar la partida hasta no averiguar más cosas sobre Zask y su planeta. Y sobre los «ellos» que habían muerto por ganar el dinero que él acababa de jugar.

Eris Sullen era viejo, calvo y colérico. No estaba acostumbrado a que le visitasen en su alcoba, despertándole sin cumplidos.

Colocó Zask billetes y cheque avalado, sobre la mesa.

—¿Está ya la nave cargada, Sullen? Aquí tienes el efectivo.

—¿La nave? Ah, sí, naturalmente. Empezamos a efectuar el cargamento cuando nos diste el depósito. Tendrás que disculpar mi torpeza verbal, pero todo esto es un poco irregular. Nunca hemos realizado operaciones de esta importancia en efectivo.

—Así es como me gustan a mí los negocios .Queda cancelado mi depósito, puesto que aquí tienes la cantidad total. Ahora, fírmame un recibo.

Eris Sullen ya había escrito el recibo antes de recobrar del todo su normal sentido de los negocios. Lo retuvo, mientras miraba inquieto los tres mil millones extendidos ante él.

—Espera un poco —decidió con tono firme—. No puedo coger este dinero ahora. Tendrás que volver por la mañana, al Banco. Haciendo la entrega de modo normal.

Alargó Zask la mano quitándole el recibo a Sullen.

—Gracias por el recibo, Sullen. No estaré en Junifer por la mañana, o sea que así queda ya resuelto el trato. Y si te preocupa tener tanto dinero en casa, te sugiero que entres en contacto con tus guardianes de la factoría o con la policía privada. Te sentirás mucho más tranquilo con guardianes aquí dentro. Adiós.

Cuando dejaron atrás la puerta destrozada, manifestó Zask:

—Me imagino que te gustaría vivir para poder gastarte el dinero que llevas encima. Por esto he reservado dos plazas en una nave interplanetaria.

Miró el reloj del coche.

—Zarpará en unas dos horas o sea que nos sobra tiempo. Estoy

hambriento. Busquemos un restaurante. Espero que no tengas en el hotel nada que valga la pena regresar a recogerlo. Resultaría algo difícil.

—Nada que valga la pena que me maten. Y ahora ¿dónde podemos ir a comer algo? Hay unas cuantas preguntas que me gustaría hacerte.

El vehículo fue describiendo vueltas por los distintos niveles de transporte hasta que estuvieron seguros de no haber sido seguidos.

Zask introdujo el coche en un muelle de descarga, casi en tinieblas, abandonándolo entre las sombras.

—Siempre nos será fácil conseguir otro —explicó— y probablemente ya tienen los pelos y señales de éste. Regresemos a la carretera de transporte pesado. Mientras veníamos vi por allá una cantina.

Unas sombras oscuras y enormes, las de los vehículos transportistas, llenaban el aparcamiento. Avanzaron por entre las ruedas de más de dos metros de alto hasta penetrar en el caluroso y ruidoso restaurante.

Los conductores y los trabajadores de madrugada no les prestaron la menor atención mientras se instalaban en un compartimiento al fondo y marcaban los números correspondientes a lo que querían comer.

El tubo de transporte depositó ante ellos lo que habían pedido.

Recortó Zask un pedazo de carne de la pierna de cordero y masticando con fruición dijo:

—Ya me encuentro mucho mejor. Empieza con tus preguntas.

—¿Qué contiene la nave que has apalabrado para esta noche? ¿Por qué clase de cargamento arriesgué yo la pelleja?

—Yo creía que arriesgaste la pelleja por dinero, Pero puedes estar seguro que fue por una buena causa. Este cargamento significa la supervivencia de un mundo. Armas, municiones, minas, explosivos y cosas parecidas.

Se atragantó Farland.

—¡Contrabando de armamento! ¿Qué diablos te propones? ¿Financiar una guerra privada? ¿Y cómo puedes hablar de supervivencia con un cargamento semejante? No intentes venirme con el cuento de que es armamento destinado a usos pacíficos. ¿A quién vas a exterminar?

—La expresión usos pacíficos viene de perlas, Farland. Porque esto es lo que queremos. Simplemente vivir en paz. Y no se trata de a quiénes vamos a matar, sino qué es lo que vamos a exterminar.

—Estás hablando en charadas. Lo que dices no tiene sentido.

—Lo tiene y sobrado. Pero únicamente en un solo planeta del Universo. Exactamente ¿qué es lo que sabes tú de Metaurus?

—Absolutamente nada.

—El género humano ya no puede seguir sobreviviendo en Metaurus. Y, sin embargo, vivió allá cerca de trescientos años hasta hoy. El promedio de vida de mi pueblo es de dieciséis años. Naturalmente muchos adultos viven más años, pero la elevada mortalidad infantil reduce cada vez más la cifra de promedio. Aquel mundo es todo lo que no puede ser un mundo humanoide. La gravedad es dos veces la normal terráquea. La temperatura puede pasar durante el día de ártica a tropical. El clima… hay que sufrirlo para creerlo. No tiene el menor parecido con nada de lo que has podido ver en cualquier otro lugar de la galaxia.

—Empiezas a asustarme —dijo Farland, irónico—. ¿Qué tenéis allá? ¿Reacciones de metano o clorina? Ya he estado en planetas así…

—¡Bah! Eso son reacciones de laboratorio. Se aguantan bien en la cámara de pruebas. Pero ¿qué sucede cuando te encuentras con un mundo lleno de aquellos componentes? La atmósfera puede ser venenosa para un respirador de oxígeno, pero por sí sola es inofensiva. Existe únicamente una mezcla que es puro veneno como atmósfera planetaria. El solvente más universal que puedas hallar, en gran cantidad, y me refiero al M20 más oxígeno libre.

—¡Agua y oxígeno! ¿Quieres decir la Tierra o un planeta como éste en que nos hallamos? Pero esto es absurdo, Zask.

—No lo es. Esta atmósfera, ya que naciste en ella, la aceptas como natural. Das por hecho que los metales se corroen, los litorales cambian, y las tormentas interfieren con las comunicaciones. Esto son las condiciones normales en mundos oxígeno-aguados. Pero en

Metaurus estas condiciones son elevadas al enésimo grado. El planeta tiene una oscilación sobre su eje de casi unos cuarenta y dos grados, por lo cual hay unas tremendas mutaciones de temperatura. Esta es una de las causas principales del constante cambio del casquete polar. La temperatura que este fenómeno origina es algo horriblemente espectacular, por llamarlo de algún modo.

—Si esto es todo, no veo el porqué...

—¡Es que esto no es todo! Esto es apenas una leve incomodidad. Los mares abiertos realizan la función dual destructiva de suministrar vapor de agua y crear gigantescas mareas. Los dos satélites de Metaurus, Masam y Soleb, se alternan en elevar los océanos en mareas de treinta metros de altitud. Y hasta que no hayas visto una de estas mareas irrumpir en un volt can en actividad, puedes decir que no has visto nada La explotación de las minas a largo término solamente puede ser hecha por una colonia que se alimente a sí misma en aquel infierno.

—¿Tan infernal es Metaurus?

—En Metaurus, los elementos radioactivos están en cerrados en su núcleo central, cercados por una concha de material más ligero. Si bien esto proporcione la atmósfera que los hombres necesitan, también produce una incesante actividad volcánica mientras el plasma derretido busca abrirse paso hacia la superficie.

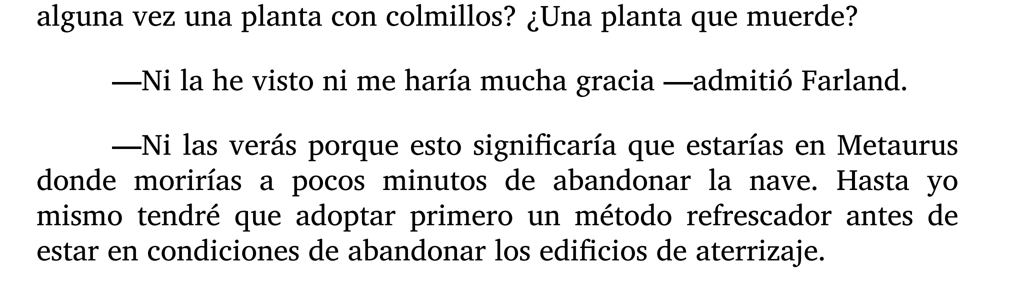
Por vez primera, Farland permaneció en silencio intentando imaginarse qué vida podía ser la de aquel planeta constantemente en guerra consigo mismo

Añadió Zask:

—Ir allá es traspasar las fronteras del terror.

—¿Tanto?

—Es que me guardé lo mejor para lo último. Ahora que ya tienes una leve idea de cómo es el ambiente, trata de pensar en la clase de formas de vida que lo pueblan. Vegetales y animales son muy agresivos en Metaurus. Luchan contra el exterior, contra su propio mundo y entre sí mismos. Cientos de miles de años de genética especial superdesarrollada han producido cosas que le darían pesadillas hasta a un cerebro electrónico. Seres con escamas de coraza, venenosos, con garras por manos y con fauces por bocas. Esto describe a todo lo que camina, vuela o simplemente echa raíces y crece. ¿Viste



alguna vez una planta con colmillos? ¿Una planta que muerde?

—Ni la he visto ni me haría mucha gracia —admitió Farland.

—Ni las verás porque esto significaría que estarías en Metaurus donde morirías a pocos minutos de abandonar la nave. Hasta yo mismo tendré que adoptar primero un método refrescador antes de estar en condiciones de abandonar los edificios de aterrizaje.

Volvió Zask a fijar su atención en la comida y acabando de rebañar su plato, expresó en voz alta sus sentimientos:

—Supongo que no existe ninguna razón lógica para que permanezcamos allá luchando incesantemente. Excepto que Metaurus es mi país.

Agitó el tenedor ya sin uso en dirección a Farland.

—Debes alegrarte por ser de otro sistema planetario. Así nunca verás las fronteras del terror que empiezan en Metaurus.

—Te equivocaste, Zask. Voy a ir contigo.

CAPÍTULO IV

Zask Metaurus pulsó el dial para pedir dos tajadas más de carne.

—No hables tan a la ligera, Farland. Hay medios más sencillos de suicidarse. ¿Es que no has asimilado aún que eres millonario? Con lo que tienes en tu bolsillo, puedes descansar el resto de tu vida en los planetas del placer. Metaurus es un mundo muerto que mata, no un panorama para turistas audaces. No puedo permitir que regreses conmigo.

Los jugadores que pierden el dominio de sí mismo, no duran mucho. Fryman Farland estaba ahora furioso. Pero se exteriorizaba solamente de modo negativo.

En la carencia de expresión de su rostro y en la excesiva calma de su entonación.

—No me digas tú lo que puedo o no puedo hacer, Zask Metaurus. Eres un coloso con una pistola rápida, pero esto no te autoriza a ser mi guardián. Lo más que puedes hacer es impedirme que vaya en tu nave. Pero me será fácil llegar allá por otro camino. Y no trates de confundirme con un turista curioso, cuando no tienes ni idea de cuáles son mis verdaderos motivos para desear ir a Metaurus.

No intentó Farland explicar sus motivos. Eran demasiado personales y poco razonables.

Cuanto más viajaba, tanto más iguales le parecían las cosas. Los viejos y civilizados planetas se mustiaban en una aburrida similitud.

Hasta que conoció a Zask, no había reconocido en ningún hombre a su superior ni siquiera su igual. No era vanidad, sino convicción.

Y ahora estaba obligado a reconocer el hecho de que existía un mundo cuyos pobladores podían ser superiores a él.

Ya no descansaría tranquilo hasta haber estado en Metaurus y comprobar por sí mismo donde se iniciaban las fronteras del terror.

Pero nada de esto podía explicárselo a Zask. No comprendería sus razones, ya que no era jugador.

Expuso argumentos que Zask podía asimilar mucho mejor:

—No piensas en el futuro cuando tratas de impedirme ir a Metaurus. No te mencionaré la deuda moral que tienes conmigo por haberte yo proporcionado el dinero que necesitabas. Pero ¿qué pasará la próxima vez? Si necesitabas con tanto apremio este cargamento mortal, probablemente volverás a necesitarlo algún otro día. ¿No sería mejor tenerme a mí al alcance? Mucho mejor que planear otro nuevo truco posiblemente difícil de realizar con éxito. Medita, Zask.

Zask meditó mientras masticaba su segunda ración de filete.

—Lo que has dicho tiene sentido común. Debo admitir que no pensé en ello hasta ahora. Un fallo que tenemos los de Metaurus es nuestra falta de interés en el futuro. Permanecer con vida a diario ya es bastante preocupación. Bien, puedes venir. Espero que estarás aún vivo cuando te necesitemos. Como embajador de Metaurus en muchos lugares, te invito oficialmente a nuestro planeta. Gastos pagados. Con la condición de que obedezcas sin rechistar todas nuestras instrucciones referentes a tu seguridad personal.

—Condición aceptada sin la menor reserva.

Estaba Zask terminando su tercer postre cuando su reloj de alarma emitió un leve zumbido. Dejó caer el tenedor, levantándose.

—Nos vamos. Ya es hora.

Mientras Farland se levantaba, Zask introdujo monedas en el cajero automático hasta que apareció la luz en el letrero: «Pagado».

No le sorprendió a Farland que Zask apenas salieron del restaurante penetrase en un escalador mecánico que iniciaba sus peldaños exactamente detrás del local.

Empezaba a darse cuenta que desde que habían abandonado el casino cada movimiento estaba planeado j cronometrado. No cabía duda que la alarma general estaba dada y que el planeta entero era registrado en búsqueda de ambos.

No era la primera vez que Farland tenía que anticiparse por metros y minutos a las autoridades. Pero sí era la primera vez que dejaba que otro fuera él que dirigía la fuga.

Había sido tanto tiempo un solitario que ahora encontraba cierto placer, por contraste, en ser él quien seguía a otro.

Gruñó Zask:

—Más aprisa.

Empezó a subir peldaños con rápidas zancadas. Ascendieron cinco niveles antes de que Zask parase dejando que el mecanismo siguiese subiendo.

En el segundo nivel de transporte motorizado Zask abandonó la escalera mecánica, Al salir a la calle un coche acudió hacia ellos.

Una vez parado el vehículo, el conductor se apeó. Zask le entregó un papel y sin una sola palabra pasó tras el volante.

Apenas tuvo tiempo Farland de saltar del coche ya en marcha. El intercambio se había realizado en menos de tres segundos.

—Fue el recibo de Sullen el que le diste ¿no? —indagó Farland.

—Naturalmente. Por su constitución ya viste que era un Metaurus. Ahora ya puede cuidarse de la nave y su cargamento. Estarán fuera de este planeta antes que el cheque del casino pueda ser localizado en poder de Sullen. Y ahora te explicaré el plan en detalle de modo que no haya errores por tu parte.

Zask lanzó el coche en la larga línea de tráfico saliendo de la ciudad hacia el aeropuerto. Conducía hábilmente mientras exponía:

—Nos buscan por la ciudad, pero les llevamos ventaja. Pero el puerto estará repleto de agentes. Saben que una vez el dinero salga del

planeta ya no volverá. Cuando tratemos de entrar en el aeropuerto, estarán seguros de que llevamos aún el dinero encima. Por lo tanto la nave con las municiones y armamento no tendrá el menor obstáculo para despegar.

—O sea que vamos a ser los peleles del tiro al blanco para cubrir el despegue del cargamento.

—De todos modos nosotros tenemos que salir de este planeta y no agrava nuestra situación el hecho de que sirva como pantalla de humo para el cargamento Habrá un montón de agentes. Puede que lleguemos a la pista sin ser reconocidos, aunque lo dudo mucho. La Star Kan en la que tenemos billetes reservados estará repicando su sirena anunciando su salida en dos minutos. Cuando lleguemos a nuestros asientos, la nave ya despegará.

—Estupendo. ¿Y mientras pasamos qué harán los agentes?

—Disparar hacia nosotros dos. Pero aprovecharemos la confusión que se formará para subir a bordo —Bien, vamos a suponer que llegamos a bordo. ¿Qué les impedirá a los agentes prohibir la salida de la nave hasta que nos hayan sacado fuera para ponernos hierros?

—Te dije que la nave es la Star Kan. Si hubiese estudiado este sistema, sabrías que Junifer y Kan son planetas hermanos y rivales en todos los aspectos. Hace menos de dos siglos combatieron en una guerra «intra-sistema» que casi destruyó ambos planetas. Ahora coexisten en una neutralidad armada hasta los dientes que no se atreven a romper. En el mismo instante en que pongamos los pies en la nave nos hallamos en territorio Kan. No hay acuerdo de extradición entre los planetas. Junifer puede desear mucho metemos mano, pero no tanto como para provocar otra guerra.

Cuando avanzaban bajo la abundante luz del puerto hacia la puerta custodiada y cerrada, Farland tuvo la sensación de estar desnudo.

Otro coche se aproximaba a la puerta desde el interior, y Zask aminoró su velocidad. Uno de los guardianes habló con el conductor del coche dentro del aeropuerto, y luego hizo una señal al que se cuidaba de la reforzada puerta-empalizada.

La empalizada empezó a abrirse.

Zask pisó el acelerador a fondo.

El coche empujó del todo el portalón. Los guardianes fueron a protegerse tras sus garitas. Unos disparos resonaron, pero sin precisión.

Conduciendo con una mano, Zask extrajo de debajo el asiento una pistola que era gemela a la monstruosa que llevaba enfundada en el brazo.

—Emplea ésta en vez de la tuya. Son explosivos propulsados, y hacen mucho estruendo. No te preocupes en tomar puntería. Ya me cuidaré yo de esto. Tú te limitas a crear un poco de ruido y hacerles mantener las distancias. Así.

Disparó un sólo proyectil por la ventanilla lateral y le pasó la pistola a Farland casi antes que el explosivo diera en sólido.

Un camión vacío estalló con repentino estrépito. Sus trozos llovieron sobre los coches en tomo haciendo huir a sus conductores, asustadísimos.

Después, ya todo fue una carrera de pesadilla a través de un manicomio.

Zask conducía con un aparente desprecio hacia la muerte violenta.

Otros coches les seguían, perdiéndose en volteretas, dejando un rastro de caos humeante.

Ante ellos había solamente la esbelta espiral compacta de la Star Kan. Rodeada por una alambrada como correspondía al estatuto belicoso de su origen planetario.

La entrada estaba cerrada y custodiada por soldados con armas terciadas, esperando para disparar contra el coche que se aproximaba.

En vez de aminorar la marcha, aceleró Zask dirigiendo el morro del coche hacia la empalizada, mientras aconsejaba:

—Cúbrete la cara.

Cuando sobrevino el ruidoso choque colocó Farland sus antebrazos a modo de escudo. Gimió el metal desgarrado. La empalizada arrugándose, no se rompió. Parecía envolver el coche.

Zask abría la abollada puerta. Asiendo por los sobacos al medio

groggy Farland lo izó sobre el arquea do tejadillo del vehículo.

—Salta al otro lado de la empalizada y corre con toda tu alma hasta la nave.

Dio el propio Zask el ejemplo. Resultaba asombro so que un hombre de su corpulencia pudiera correr tan velozmente. Se movía como un tanque embistiendo a todo motor.

Sacudiéndose la neblina del seso logró Farland correr a bastante celeridad, aunque estaba apenas a medio recorrido cuando ya Zask pisaba la escalerilla.

La habían ya desengarfiado de la nave, pero sus sorprendidos manipuladores cesaron de apartarla cuan do el coloso pasó en tromba saltando sobre los peldaños

En lo alto de la escalerilla se volvió Zask disparan do hacia los soldados que acudían a paso de carga por la explanada. Se arrojaron al suelo. Reptando, abrieron fuego.

La escena ante Farland parecía desarrollarse a cámara lenta.

Zask seguía esparciendo fríamente sus proyectiles explosivos. Podía resguardarse con simplemente penetrar por el abierto portalón a sus espaldas.

El único motivo por el cual permanecía allí era para cubrir el avance de Farland. Resoplaba éste subiendo los últimos peldaños.

Saltó por la abertura para caer sentado al interior de la nave.

Resolló:

—Gracias.

—De nada —replicó Zask a su lado, ondeando su pistola para enfriarla.

Un oficial de la nave, crispadas las mandíbulas, parapetado para mantenerse fuera de la línea de fuego, los contemplaba a ambos con muy visible malhumor.

Gruñó:

—¿Puede saberse qué rayos pasa?

Zask palpó el cañón de su pistola con el pulgar humedecido y enfundando replicó:

—Aunque pertenecemos a un sistema distinto, somos ciudadanos respetuosos de la ley y no hemos cometido ningún acto delictivo. Los salvajes de Junifer son demasiado bárbaros para que nos interese prolongar nuestra estancia. Por esta razón vamos a Kan... Aquí tiene nuestros pasajes... Y felizmente estamos ya en territorio de la soberanía de Kan.

La última frase iba destinada también al oficial juniferiano que acababa de irrumpir en la entrada de la nave esgrimiendo su pistola.

Alzándola apuntó a los dos fugitivos, en lento vaivén.

—¡Salgan de ahí, granujas! No van a escaparse así de fácilmente. Salgan lentamente con las manos en alto o les estallo los sesos.

La pistola cubría con destreza a Zask y a Farland.

El oficial de la nave estaba cerca de una cajita roja incrustada en el metal del tabique. Con rápido ademán alzó la cubierta y apoyó el pulgar, sin presionar, sobre el botón interior.

Anunció ceñudo:

—Dispare un solo tiro en territorio Kan y apretaré este botón. Ya sabe lo que hace este botón puesto que todas sus naves también los tienen. Cometa e! menor acto hostil contra esta nave y «alguien» presionará otro botón. La mitad de esta podrida ciudad volará en la explosión. Venga, dispare... Creo que disfrutaré apretando este botón.

La sirena de partida estaba aullando. La luz de «cierren accesos» pestañeaba repetidamente.

El oficial de Junifer gruñendo con frustrada furia, dio media vuelta y saltó peldaños arriba, desapareciendo.

El oficial de la nave restalló la tapadera de la cajita al cerrarla. Y habló por el micro:

—Todos los pasajeros a bordo. Cincuenta y cinco segundos para el despegue. Vayan a sus puestos.

Apenas tuvieron tiempo los fugitivos de llegar a sus divanes amortiguadores de aceleración.

El Star Kan se elevó en el aire.

CAPÍTULO V

Apenas estuvo la nave en órbita, el capitán envió a buscar a Zask y a Farland. Zask fue casi totalmente sincero con respecto a sus actividades nocturnas, salvo mencionar que Farland era jugador profesional. Trazó un bonito cuadro de dos afortunados forasteros a quienes las fuerzas del hampa de Junifer querían despojar de sus beneficios de juego.

El capitán estuvo de acuerdo en que la gente de Junifer era muy poco recomendable, y deseó buen viaje a sus dos pasajeros.

Fue un viaje corto. Apenas tuvo tiempo Farland de empezar a dormitar cuando tomaron tierra en Kan. Al no llevar equipaje fueron los primeros en pasar las aduanas.

Abandonaban el cobertizo cuando otra nave se posaba. Era gris, plomiza. Con las líneas de nave de transporte, pero artillada.

—Tu nave, naturalmente —comentó Farland.

Asintiendo Zask fue hacia la nave. Uno de los portalones se abrió al acercarse a ambos. No apareció nadie. Una escalera plegable se tendió hasta el suelo.

Subió Zask seguido por Farland. A bordo nadie les recibió. Zask cerró él mismo el portalón y fueron a tenderse en los butacones al

resonar la sirena de despegue.

Los reactores bramaron y la aceleración se aplastó sobre Farland.

Exprimiéndole el aire de sus pulmones y dejándole sin visibilidad. Gritó, pero no podía oír su propia voz a través del bramido inundando sus oídos. Perdió la noción de las cosas.

Cuando recobró el conocimiento, mantuvo Farland los ojos cerrados dejando que el dolor fuera abandonando su organismo.

Zask estaba cerca de su butacón y hablaba de pronto:

—Ha sido culpa mía, Magna. Debí decirte que teníamos a bordo un pasajero «Uno-G»[1] . Así habrías suavizado un poco tu habitual despegue rompehuesos.

—No parece haberle dañado mucho a él. Pero ¿qué hace aquí?

Farland sintió una suave sorpresa al darse cuenta que la segunda voz era la de una muchacha. Pero no estaba aún lo bastante interesado como para tomarse la molestia de abrir sus doloridos ojos.

—Viene a Metaurus. Intenté disuadirle, pero no hubo modo. Y es una pena porque ha sido él quien nos consiguió el dinero.

—Hubiese sido mejor que se quedase en Kan. Tiene muy buena apariencia. Creo que es una pena que tenga que morir.

Esto ya pasaba de la raya. Abrió Farland un ojo, luego el otro. La voz pertenecía a una muchacha de unos veintiún años que estaba al otro lado del butacón-cama, mirándole. Era bonita.

Los ojos de Farland se abrieron aún más al comprobar que era más que bonita. Con la clase de belleza que nunca había hallado en los planetas del centro de la galaxia.

Las mujeres que había conocido eran de piel pálida, hombros estrechos, rostros grises recubiertos de tintes. Eran el producto de siglos de debilitamiento de la raza, debido a que los progresos de la medicina mantenían vivos a cada vez más seres más allá de la vejez.

La muchacha era todo lo contrario. Era el producto de la lucha por la supervivencia natural en Metaurus. Tenía la compacta figura de una diosa, de bronceada piel y de rostro perfectamente formado.

Su cabello, corto, aureolaba su cabeza como una corona. Lo único poco femenino en su figura era la pistola que llevaba en la abultada funda de antebrazo.

Cuando ella vio los ojos abiertos de Farland fijos en ella, le sonrió. Sus dientes eran tan blancos e iguales como él había supuesto.

—Soy Magna, piloto de esta nave. Y usted debe ser…

—Fryman Farland. Oiga… Su despegue fue bastante bestia, Magna.

Rió ella:

—Lo lamento. Pero como nativa de un planeta Dos-G nos hace un poco inmunes a la aceleración. También así ahorro combustible, aprovechando la curva de synergia…

Masculló Zask:

—Vámonos, Magna. Echaremos un vistazo al cargamento.

—Oh, sí —aprobó ella radiante—. Debe ser algo magnífico.

Los dos nativos de Metaurus se fueron y con penoso esfuerzo abandonó Farland su posición tendida para seguirlos. En un amplio compartimiento les vio abrir varias cajas.

Ambos parecían entusiasmados en la contemplación de aquel cargamento letal. Magna, empuñando un voluminoso *spray*, miró hacia Farland.

—Fíjese en esta maravilla. Esparce un líquido que mata instantáneamente toda forma de vida vegetal…

Se interrumpió al comprender que Farland no compartía su entusiasmo.

—Me olvidé que usted no era un Metaurus, y naturalmente, no puede saber a qué se debe nuestra satisfacción.

Un micro reclamaba la presencia de Magna en el puente de mando.

—Venga conmigo, Farland. Tengo que realizar las ecuaciones de rumbo. Podremos charlar allá. Conozco tan pocas cosas de otros lugares que tendré que hacerle mil preguntas.

La siguió Farland hasta el puente donde relevó ella al oficial de servicio para dedicarse a efectuar las lecturas de los diversos mandos.

—Para ser piloto de una nave interestelar ¿no es usted algo jovencita, Magna?

—Ignoro qué edad se supone que han de tener los pilotos. Llevo ya cerca de tres años pilotando y casi he cumplido los veinte de edad.

Asombrado afirmó Farland:

—Supongo que todo dependerá del planeta en que se reside. En Metaurus a lo mejor usted debe ser una anciana.

—Está bromeando. He visto ancianas en algunos planetas. Tienen el cabello gris y muchas arrugas. En Metaurus nadie tiene este aspecto.

—No quise significar vejez en años, sino madurez, madurez temprana.

—En Metaurus pronto se es adulto. Tan pronto dejan de asistir a la escuela. Y la dejan al cumplir los seis años.

Siguió ella realizando diversas manipulaciones hasta que los mandos quedaron orientados en estabilización. Entonces dedicó su atención al viajero.

—Celebro conocerle, pero , lamento que decidiese ir a Metaurus. De todos modos tendremos tiempo aún de charlar y son muchas las cosas que deseo saber. De los otros planetas. ¿Cómo es su planeta, Farland?

¿Cómo podría explicarle a ella que existían siervos y amos? Para ella solamente existían dos clases de seres en la galaxia: habitantes de Metaurus y «forasteros».

—¿Mi planeta? Lo más aburrido y atrasado del Universo, pero casi todos parecen contentarse con su suerte. Mi padre era granjero y esto me tocaba ser. Me estaba prohibido estudiar. Hasta los quince años no aprendí a leer con libros que robé de la escuela de los hijos de nobles.

—¿Nobles?

—Bueno, los que nacían en las zonas de empresas industriales

eran los nobles. Los demás éramos los siervos. Y apenas fui leyendo, anhelé ver mundo. M< escondí en una nave y empecé a viajar. Vi que es los demás planetas no había leyes prohibiendo estudiar, pero dada mi poca preparación en esta era de la tecnología, yo estaba desplazado. Supongo que hubiese podido ingresar en cualquier ejército, pero me es difícil saber aceptar órdenes. Por lo cual me dedique a la profesión de jugador. Viajo, y veo mundo. Aunque he llegado a la conclusión que en todas partes la gente suele comportarse siempre igual.

—No estoy de acuerdo, ya que para mí la gente de los otros planetas se comporta de modo raro. Por ejemplo, me gusta probar la comida local cuando aterrizo en un planeta. Hay bares y restaurantes cerca de cada puerto espacial y allá voy. Siempre tengo problemas con los hombres. Quieren invitarme a tomar copas y pretenden cogerme la mano.

—Una chica soltera y sola es natural que suscite interés.

—Eso lo comprendo. Lo que no comprendo es por qué no me hacen caso cuando les digo que me dejen en paz. Se ríen y persisten. Pero encontré una solución que no falla. Les digo que si no dejan de molestarme queriendo enlazarme por la cintura, les romperé un brazo.

—¿Y esto les hace abandonar?

—No, claro que no. Pero cuando les rompo el brazo, entonces ya me dejan tranquila.

Farland no sintió deseos de reírse. Aquella muchacha «podía» romper el brazo del más matón de los galanes portuarios. Magna era una extraña mezcla de candor y fuerza.

—Cuénteme cosas de Metaurus. ¿Por qué usted y Zask dan por hecho que me caeré muerto apenas pise el suelo de Metaurus? ¿Cómo es este planeta suyo, Magna?

—Es imposible explicarlo. Tendrá que verlo por sí mismo. Metaurus no tiene el menor parecido con lo que pueda usted haber visto. ¿Quiere prometerme algo?

—No. Por lo menos hasta no saber de qué se trata.

—No abandone esta nave cuando aterricemos. A bordo estará bastante a salvo, y dentro de unas semanas podrá irse conmigo, ya que tendré que pilotar una nave de transporte.

—No acepto prometerle esto. Saldré o me iré cuando me plazca.

Magna crispó las facciones y volvió a dedicarse a la contemplación de los paneles de mando. Ya no volvieron a hablar.

Al día siguiente la vio de nuevo por casualidad. Había subido él a la cúpula desde la que se podía contemplar la negrura del espacio, surcada por destellos de todas clases.

Por vez primera la veía libre de servicio, sin el traje de piloto. Llevaba un vestido de tenue material brillante que semejaba una túnica.

Ella le sonrió.

—Las estrellas son algo maravilloso, ¿verdad?

Junto a ella, alzó Farland la vista. La cabeza de Magna casi reposaba en su hombro. Inconteniblemente el brazo de Farland rodeó la cintura femenina.

Ella dijo:

—Estás sonriendo. También a ti te gustan las estrellas.

—Mucho. Pero sonrío con cierto temor, ya que recuerdo lo que me contaste. Aquello de romper brazos... ¿Te molesta el mío?

—Me gustas, Farland. Aunque no seas un Metaurus, me gustas mucho. Y he estado siempre tan solitaria...

La besó. Y ella devolvió el beso con pasión.

CAPÍTULO VI

Después estuvieron juntos constantemente. Cuando Magna estaba de servicio, Farland le llevaba las comidas al puente y charlaban. Poco averiguó él con referencia a Metaurus, ya que por tácito acuerdo no hablaron del misterioso planeta.

Y el maravilloso viaje llegó a su fin.

A bordo de la nave había catorce tripulantes, pero Farland no había visto a la vez a más de dos o tres. Solamente cuando el altavoz ordenó «reunión general» todos se agruparon.

Zask daba órdenes para el aterrizaje. La actitud de los Metaurus llamó la atención de Farland. Eran como soldados preparándose para una batalla.

Y su semejanza era chocante. No por parecido físico.

Era por el modo en que movían y reaccionaban. Como grandes gatos musculosos, caminando aprisa, tensos y dispuestos a saltar, con sus ojos nunca quietos, siempre acechantes.

En la reunión trató Farland de hablarle a Magna, pero ella de pronto se portaba como una desconocida. Apenas contestaba y su mirada rehuía la suya.

Intervino Zask para ordenarle a Farland fuera al butacón

amortiguador de aceleraciones.

Las toma de tierra de Magna eran infinitamente peores que sus despegues. Resonaron recios golpes contra el casco sacudiendo la estructura de la nave,

Cuando la nave ya había tomado tierra, Farland tardó en darse cuenta. Sólo el gemido decreciente de los motores le convenció. La 2-G (Doble gravedad) surtía sus efectos en el visitante.

Quitarse el cinto y sentarse le resultó un esfuerzo, Caminar le exigía el mismo cansancio que le habría causado llevar un hombre de su propio peso sobre sus espaldas.

Cuando alzó el brazo para abrir la puerta sintió el mismo peso que si tuviera dos brazos. Avanzó lentamente hacia la sala principal.

Allí estaban todos. Dos de los tripulantes sacaban de un compartimento adjunto cilindros transparentes que hacían rodar por el suelo. Por su peso evidente y el modo en que sonaban comprendió Farland que estaban compuestos de metal transparente.

Tenían unos dos metros de alto y uno de diámetro. Un remate era sólido y hermético. El otro era como un casco con llave de cierre.

No fue hasta que Zask hizo girar la llave y abrió uno de los cilindros cuando su finalidad resultó comprensible.

Dijo Zask:

—Entra. Cuando quedes encerrado dentro, serás sacado fuera de la nave.

—Gracias, pero ni hablar. No quiero hacer una aparición grotesca en tu planeta embutido en un envoltorio como una salchicha.

—No seas necio. Todos vamos a salir metidos en estos tubos. Hemos estado demasiado tiempo fuera para arriesgarnos a salir sin «reorientación».

Vio Farland cómo los demás iban introduciéndose en los tubos. Fue al más cercano, deslizándose al interior pies por delante, y atrajo el casco-tapadera, cerrando. Cuando apretó la rueda central la tapadera se ajustó al precinto flexible.

Y una membrana vibró. El CO2 contenido en el cilindro

ascendió y un regenerador de aire en la base del artefacto empezó a funcionar.

Zask fue el último en introducirse en su cilindro. Comprobó los cierres de todos los demás tubos y luego bajó la palanca de abertura del portalón de la nave.

Rápidamente penetró en su cilindro, encerrándose herméticamente.

El portalón fue abriéndose lentamente y se filtró una tenue luz a través de cortinas de lluvia.

Pasaron minutos interminables y apareció un camión conducido por un Metaurus. Fue rodando los cilindros hasta la plataforma de su camión. Farland quedó bajo la pila y no pudo ver nada cuando el vehículo con su cargamento se puso en marcha.

Hasta que los cilindros transportando su carga humana no fueron depositados en una estancia de tabiques metálicos, no pudo Farland ver el primer vislumbre de vida nativa en Metaurus.

El conductor del camión estaba cerrando una voluminosa puerta exterior cuando algo voló a través de la abertura yendo a golpear la pared del fondo.

Las pupilas de Farland fueron atraídas por aquel movimiento. Miró para ver lo que era cuando aquel objeto volador cayó hacia abajo, hacia su rostro.

Olvidándose de que estaba en un caparazón metálico, Farland trató de huir, de encogerse, de reducirse al mínimo.

Aquella horrible criatura voladora golpeó el metal transparente y se agarró al cilindro. Pudo Farland examinarla detalladamente.

Era casi demasiado horrible para ser real.

Una enorme boca que dividía en dos la cabeza. Hileras de dientes como sierras. Alas membranosas rematadas en garras, y garras aún más largas al extremo de los miembros que arañaban con fuerza el metal.

El terror invadió a Fryman Farland.

Veía como las garras, iban formando estrías en el metal

transparente. Donde la saliva de aquel monstruo empañaba, el metal se corrugaba bajo la roedura de los dientes.

Solamente cuando el monstruo volante empezó a disolverse comprendió Farland la finalidad de aquella estancia. Chorros de líquido humeante brotaban por todos los sitios, en densa lluvia que fue cubriendo los cilindros.

Tras un último chasquido de mandíbulas, el animal Metaurus fue arrastrado por las aguas. El líquido drenaba a través de orificios en el suelo. Una segunda ducha copiosa siguió.

Mientras las soluciones químicas iban siendo drenadas, trató Farland de recobrar su serenidad. Pese a que la horrenda criatura bestial ya estaba destruida y fuera de su visión, tardó en calmarse su terror y volver su respiración a ser normal.

Magna abandonaba la estancia, y se dio cuenta él que el proceso de esterilización ya había terminado. Abrió su propio tubo saliendo al exterior fatigosamente.

Magna y los demás ya se habían ido y solamente permanecía un desconocido, de rostro de halcón, esperándole.

—Me llamo Korub, y tengo a mi cargo la clínica dé adaptación. Zask me explicó quién eres. Lamento que estés aquí. Ahora ven conmigo. Necesito muestras dé tu sangre.

Farland le siguió por un corredor hasta un laboratorio. La doble gravedad era fatigosa, añadiendo un constante peso a los músculos doloridos. Mientras Korub hacía el test de su sangre, Farland se sumió en letargo para despertar viendo a Korub manipular en una bandejita con frascos y agujas hipodérmicas.

—Debo administrarte antígenos que si bien te harán sentirte muy mal algún tiempo, te capacitarán para resistir en días futuros.

El primer pinchazo le pareció a Farland que le arañaba hasta el mismo hueso. Al segundo sintióse como elevado en una nube, privado de toda gravedad.

Había una cama en la habitación contigua, y Korub le ayudó a tenderse en ella. Farland penetró en la densa negrura de un hondo sueño.

Poblado de pesadilla. Llenas de terror constante.

Cuando recobró la consciencia, no podía recordar ningún detalle de las terroríficas pesadillas. Sólo permanecía el terror.

Estaba empapado en sudores y le dolían todos los miembros.

Acudió Korub desde la adjunta habitación, declarando:

—Dormiste veinticuatro horas seguidas. No te muevas. Voy a darte algo que te reconfortará.

Otro pinchazo y un vaso lleno de un fluido espeso de mal aspecto. Le quitó la sed, pero le hizo de pronto sentir un hambre feroz.

—¿Quieres comer? Seguro que sí. He acelerado tu metabolismo para que te fortalezcas más rápidamente. Es el único modo de que puedas vencer el efecto de la doble gravedad.

También comió Korub con él y se puso así a indagar:

—¿Cuándo tendré la oportunidad de echar un vistazo a tu planeta? Hasta ahora este viaje ha sido tan interesante como una condena en presidio.

—Descansa y disfruta tu comida. Probablemente pasarán meses antes que puedas salir al exterior. Si puedes...

—¿Eh? ¿Por qué?

—Tendrás que pasar a través de las mismas pruebas del curso de entrenamiento que siguen nuestros hijos. Ellos tardan seis años. Lógicamente, sus primeros seis años de vida. Tú como adulto puedes aprender antes. Cuanto puedo decirte es que saldrás fuera de estos edificios aislados, de los peligros exteriores, cuando estés entrenado y en forma.

Terminó Korub de comer y contempló los desnudos brazos de Farland con evidente disgusto.

—Lo primero que precisas es una pistola.

Korub la llevaba continuamente, aun dentro de los edificios aislados de los peligros «exteriores».

—Cada pistola es adecuada para quien la lleva y sería inservible en otras manos. Te mostraré por qué.

Precedió a Farland hasta un rimero atiborrado de raras armas.

—Coloca tu brazo derecho aquí mientras hago los ajustes.

Era una máquina parecida a una caja con una empuñadura en forma de culata a un lado, Agarró Farland la culata reposando el codo en un lazo de red metálica.

Korub adaptó unos discos en su antebrazoˆ consultando un oscilómetro. Manipuló en los diales de una especie de electrocardiograma, y seleccionando varios componentes en un cajón ensambló diestramente funda, culata y cañón.

Con la funda asida a su antebrazo y la pistola en su mano, Farland comprobó que estaban conectadas por un cable flexible. La pistola encajaba perfectamente en su palma.

Haciendo otra conexión en el cable expuso Korub:

—Este es el secreto del truco. Está flojo mientras empleas el arma. Pero cuando quieres que regrese a su funda…

Korub terminó el empalme de conexión y el cable se tensó arrebatando la pistola de la mano de Farland y dejándola suspendida en el aire.

—Regresa a su funda —prosiguió Korub.

El cable tenso zumbó devolviendo la pistola a la funda.

—Naturalmente la acción de sacar ópera en sentido inverso.

Comentó Farland:

—Un artefacto ingenioso. Pero ¿cómo «saco»? ¿Silbando o hablando para que la pistola salte a mi mano?

—No, no es algo tan vulgar como control sónico, Es un sistema mucho más preciso. Verás… Emplea ahora la zurda como si agarrases una culata imaginaria. Tensa el índice gatillero. ¿Te das cuenta que los tendones de tu muñeca vibran? Bien, pues en tu muñeca, derecha tienes adaptados unos activadores sensitivos. Solamente funcionan cuando funciona el reflejo tuyo que para ellos significa: «mano preparada para recibir pistola». Tras un poco de entrenamiento, el mecanismo se vuelve completamente automático. Cuando quieres la pistola, ya está en tu mano. Cuando no, regresa a su funda.

Farland hizo el gesto de agarrar una culata con su diestra y

dobló el índice. Percibió un súbito y doloroso choque contra su diestra y restalló un estampido,

La pistola estaba en su mano donde tres dedos se hallaban entumecidos por el golpetazo. El humo rizaba en el aire saliendo del cañón.

Como un catedrático paciente explicó Korub:

—Naturalmente solamente hay carga de pólvora sin metralla en la pistola hasta que aprendas a controlarla. Estas pistolas siempre están cargadas y no necesitan reponer munición. No tienen seguro. Fíjate que no hay guardagatillo. Esto te permite doblar más tu índice cuando «saques» y así la pistola disparará apenas toque tu mano.

Era indudablemente el arma más asesina que jamás manejó Farland, y también la más difícil de dominar. Trató de controlar aquel diabólico instrumento.

Tenía como vida propia. Con una exasperante propensión a desaparecer dentro de la funda cuando estaba él a punto de apretar el gatillo. Y todavía peor era su tendencia a saltar fuera antes de que estuviese totalmente preparado.

La pistola iba a ponerse en posición allá donde su mano debía estar. Si los dedos no estaban correctamente colocados, eran golpeados a un lado. Farland dejó de practicar únicamente cuando toda su mano tenía un color azulado y le latía a efectos de los golpetazos.

Ahora comprendía por qué los Metaurus nunca se quitaban la pistola. Hubiera sido como extirparse una parte de su propio cuerpo. Era como disponer de un rayo en la punta del dedo.

Se apuntaba con el índice y brotaba la explosión mortal.

Korub había dejado a Farland para que practicar se a solas. Cuando su dolorida mano ya no pudo soportar más práctica, se dirigió hacia su habitación. Al girar una esquina vislumbró una silueta alejándose.

—¡Magna! ¡Aguarda un momento! Quiero hablar contigo.

Todo en ella resultaba diferente a la muchacha que había conocido en la nave. Su figura abultaba en buzo de tejido metálico, y calzaba altas botas. Rodeaba su cintura un anillo de pesados bidones.

Su expresión era de fría indiferencia.

—Te he echado mucho de menos, Magna. No sabía que estabas en este edificio.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Qué es lo que quiero? Soy Farland ¿me recuerdas? Somos amigos. Entre amigos se permite hablar sin necesidad de querer algo.

—Lo que sucedió en la nave no tiene nada que ver con lo que sucede en Metaurus. He terminado mi reacondicionamiento y debo volver a mi trabajo. Tú permanecerás en los edificios aislados y por tanto no volveré a verte.

—Vienes a decirme más o menos que me quede con los nenes estudiantes. No intentes irte, porque primero hemos de hablar...

Cometió Farland el error de cogerla por un brazo, Apenas se dio cuenta de lo que sucedió. El segundo anterior estaba en pie, y al siguiente se desparramaba por el suelo en doble voltereta.

Su hombro se le antojaba dormido y a la vez repleto de alfileres. Magna se había ido.

Cojeando hacia su habitación, Farland mascullaba imprecaciones entre dientes.

Dejándose caer en su cama dura como la piedra, intentó razonar qué clase de locura le había impulsado a venir a Metaurus.

Era visible que para el modo de vivir de los habitantes de Metaurus él era una calamidad débil e inútil.

Todos los Metaurus, incluyendo a Magna, experimentaban un automático desprecio hacia los extranjeros.

Si quería que le tuviesen en mejor concepto, tenía que cambiar mucho. Endurecerse, entrenarse, y sobre todo luchar contra el terror incomprensible que poblaba sus noches.

CAPÍTULO V

A la mañana siguiente, en el comedor, dijo Korub:

—Ya no puedo dedicar más tiempo a tu instrucción individual. Acudirás a las clases corrientes siguiendo los cursos normales. Sólo recurrirás a mí si hay algún problema especial que tus maestros no puedan resolverte.

. Las clases se componían de niños con rostros adustos y cuerpos compactos. Pero pese a ser Metaurus todavía eran lo bastante infantiles para estimar divertido tener a un adulto en sus clases.

Incrustado tras uno de los pequeños pupitres, Farland no encontraba nada divertida su situación.

Todo parecido con una escuela normal terminaba en la forma física de la sala. El resto era anormal.

Cada niño por pequeño que fuese enfundaba una pistola.

Y las lecciones versaban únicamente sobre supervivencia.

La mayor parte de la mañana se dedicó a la enseñanza del empleo de uno de los botiquines sujetos en un cinto que todos llevaban. Aquel botiquín se componía de un analizador de venenos e infecciones que se presionaba sobre una herida.

Si existían toxinas, el antídoto quedaba automáticamente inyectado.

Por la tarde, tuvo Farland su primera experiencia con las máquinas de entrenamiento. Su maestro era un muchacho de doce años cuya fría entonación no ocultaba su desprecio hacia el blando y débil forastero.

—Todas las máquinas de entrenamiento son duplicados de la verdadera superficie del planeta. La única diferencia es el grado variante de sus efectos mortíferos. La primera máquina que tú estudiarás es, lógicamente, aquella en que son iniciados los niños apenas pueden arrastrarse a gatas. En sustancia es idéntica al exterior, aunque completamente desprovista de efectos mortales.

«Máquina de entrenamiento» no era la expresión adecuada, pensó Farland cuando se abrió la enorme puerta, cerrándose tras ellos. Una inmensa estancia reproducía en duplicado el mundo exterior.

El instructor explicó a Farland:

—Debes ir paseándote y examinando las cosas. Siempre que toques algo con la mano, sabrás lo que es, Fíjate...

El muchacho se inclinó empujando con el dedo una hoja de la blanda hierba que recubría el suelo. Inmediatamente una voz ladró desde ocultos micros:

—Hierba venenosa. Siempre deben llevarse botas cerradas.

Arrodillándose examinó Farland la hierba. Cada hoja remataba en un pequeño garfio duro y brillante, Comprobó que todas las hojas eran similares.

Aquel precioso césped verde era una alfombra de muerte.

Al incorporarse, vio algo removerse bajo una planta de anchas hojas. Una bestia agazapada, recubierta de escamas negras, cuya chata cabeza terminaba en largo pincho.

Rezongó Farland inquieto:

—¿Qué demontre de bicho adorna mi jardín? Pues sí que les das a los bebés compañeros agradables, caray...

Volviéndose comprobó que hablaba a solas. El instructor se

había ido.

La voz explicó por el micro:

—«Cuerno-taladro». Ropa y botas no sirven de protección. Mátalo.

Un agudo chasquido truncó el silencio al dispararse la pistola de Farland. El «cuerno-taladro» cayó a un lado, telecontrolado para reaccionar al disparo sin explosivo.

—Bueno… Ya voy aprendiendo —murmuró Farland.

La orden «mátalo» había sido empleada con frecuencia por Korub mientras le enseñaba a hacer uso de la pistola. Aquel estímulo verbal había ya calado en su inconsciente.

Sabía que necesitaba disparar solamente después de haber oído el disparo.

Farland pasó una tarde muy desagradable paseando por aquel jardín infantil de horrores. La muerte estaba por doquier.

Y mientras, la voz le aconsejaba brevemente.

Todo allí era mortal para el hombre. Desde el insecto más diminuto a la planta más grande. ¿Por qué aquel planeta era tan hostil a la vida humana?

Intentó encontrar algo que no fuera mortal. No lo hallaba. Tras una larga búsqueda, halló la única cosa que cuando la tocó no provocó una advertencia de muerte.

Un pedazo de roca proyectándose en el centro de un prado de hierba venenosa. Sentóse Farland en ella con una sensación de gratitud. Aquello era un oasis de paz…

—¡Hongo infeccioso! ¡No toques!

La voz bramó al doble de su volumen normal y Farland brincó como si le hubiesen pegado un tiro.

Ya tenía la pistola empalmada describiendo semiarco en busca del blanco.

Solamente cuando se inclinó para mirar más de cerca la roca, comprendió.

Había manchas grises húmedas que no estaban allí cuando se había sentado.

Gritó hacia la voz:

—¡Maldita sea esta puerca selva de terror! No hay modo de encontrar ni un pequeño espacio de reposo… Vaya infancia más perra la de vuestros críos…

Se calmó.

Tenía que conservar la calma, el control, saber ser buen jugador.

Los metaurus aprendían muy pronto que no había la menor seguridad en su planeta, salvo la que ellos mismos aprendían a garantizarse en constante alerta.

* * *

Los días se volvieron semanas en la escuela. Farland casi sentía orgullo de su habilidad en bregar con la muerte. Reconocía todos los animales y plantas en la cámara de iniciación.

Pasó a otra donde una serie de bestias efectuaban repentinos ataques. Su pistola tumbaba a los atacantes con matemática precisión. Día tras día sus músculos iban adaptándose a la gravedad. «Ascendió» a la tercera clase o cámara donde ya había poca diferencia con el exterior.

La diferencia radicaba en la calidad. El veneno de los insectos causaba hinchazones y dolor en vez de muerte instantánea. Los animales podían producir magulladuras y rasguños, pero no destrozaban miembros.

Farland erraba a través de aquella amplia y diversa jungla con el resto de los discípulos de cinco años. Unos niños que se convertían en hoscos guerrilleros siempre alertas en esquivar la muerte.

Algunos de los niños se graduaron pasando al mundo exterior y otros ocuparon sus sitios. Hasta que Farland comprobó que todos aquellos del grupo en que ingresó ya habían salido al exterior.

Aquel mismo día fue en busca de Korub.

—¿Cuánto tiempo han planeado retenerme en estas galerías infantiles de tiro a monigotes y falsa vegetación?

—Estarás en ellas hasta que estés capacitado para el exterior.

—Lo cual tengo el presentimiento de que nunca llegará. Puedo actualmente destrozar y recomponer a oscuras cada uno de tus infernales artefactos. Con este cañón no fallo una. Si fuera preciso podría escribir un tratado sobre toda la flora y fauna de Metaurus, y el arte de matarla.

—Escucha... No naciste aquí, y has de seguir practicando...

—Vamos, vamos, Korub, no deberías intentar mentirle a uno de las razas débiles que se especializan en la mentira. Al grano, profesor: ¿Mejoraré con más entrenamiento o ya he alcanzado el punto final?

—Verás... Cuanto más tiempo pase mejorarás...

—¡Sí o no, Korub! ¿Mejoraré ahora por más entrenamiento que haga?

—No.

—Entonces meditemos sobre este asunto. No mejoraré, y, sin embargo, sigo metido en el colegio de nenes metaurus. Por consiguiente, te han ordenado retenerme aquí. ¿Acierto si digo que Zask te lo ordenó?

—Lo hizo únicamente por tu propio bien. Intentando preservar tu vida.

—Que es mía para disponer de ella. No vine para dispararle a robots o sea que, por favor, indícame dónde está la puerta que da a la calle. ¿O es que primero hay una ceremonia de graduación? Estampitas, medallas, diplomas, discursos...

—Nada de eso. No comprendo cómo un hombre hecho y derecho puede decir tantas tonterías. No existen estas ceremonias. Solamente un poco de ejercicio en la cámara parcial de supervivencia. Es un recinto que conecta con el exterior... En realidad es una parte del exterior, excepto que están excluidas las más violentas formas de vida. Y pese a ello algunas logran penetrar.

—¿Cuándo empiezo?

—Mañana mismo. Procura dormir a fondo. Necesitarás estar muy descansado y bien despierto mañana.

Cuando por la mañana entró Farland en el despacho de Korub, éste insertó un pesado cargador en la pistola de Farland.

—Estas son balas de verdad. Estoy convencido que vas a necesitarlas. Ya ahora tu pistola estará siempre cargada.

Llegaron hasta una puerta, la única que Farland siempre había visto cerrada. Mientras Korub iba abriendo los cierres especiales, acudió un niño de unos ocho años, con una pierna vendada. Cojeaba levemente.

—Este es Dix. Permanecerá contigo, vayas donde vayas.

—¿Mi guardaespaldas personal? —inquirid Farland mirando al niño que apenas le llegaba a la cintura.

—Puedes llamarle así —y Korub abrió la puerta—. Dix se vio apurado con un «pájaro-sierra» y durante algún tiempo no está en condiciones de trabajar como es debido. Bien, ya podéis entrar.

Entraron los dos en un compartimento y tras ellos Korub cerró la puerta. Apenas cerrada, la otra puerta dando al exterior se abrió automáticamente. Estaba sólo parcialmente abierta cuando la pistola de Dix restalló dos veces.

Luego Salieron a la superficie de Metaurus pasando por encima del humeante cadáver de uno de sus animales monstruosos.

Lo que molestó a Farland es que no solamente no se le ocurrió vigilar si algo podía entrar, sino que no podía identificar a aquel animal por sus restos.

Miró en torno muy cuidadosamente, con la esperanza de que la próxima vez dispararía primero que Dix.

Fue una esperanza que no se cumplió. Las pocas fieras que acudían al ataque fueron siempre vistas primero por el niño.

Tras una hora de paseo, Farland estaña tan irritado que estalló una planta espinosa de horrible aspecto.

Dix dijo severamente:

—Esta planta se hallaba lejos. Es estúpido gastar munición en una planta.

El día transcurrió sin accidentes importantes. Acabó Farland por aburrirse, pese a empaparse con los frecuentes chubascos. Todos los intentos de Farland de entablar conversación con Dix, fallaron.

El siguiente día transcurrió igual que el anterior. Al tercer día apareció Korub. Contempló meticulosamente a Farland de arriba a abajo.

—Creo que ya estás en condiciones de defenderte allá afuera. Cámbiate a diario los filtros nasales virus. Comprueba siempre tus botas en busca de grietas y la tela metálica de tu vestido por los posibles desgarrones. Renueva semanalmente las bolsas-botiquín de tu cinto.

—Descuida, Korub. No olvidaré tampoco de sonarme las narices. ¿Algo más, profesor?

Korub iba a decir algo con la cabeza. Y por fin manifestó :

—Nada puedo decirte que ya no sepas ahora. No te descuides nunca. Vive siempre alerta, si quieres seguir viviendo. Buena suerte.

Inesperadamente el siempre impávido y adusto Korub estrechó la diestra de Farland.

Cuando el entumecimiento del recio apretón desapareció de los dedos de Farland, él y Dix salieron al exterior.

Por fin Fryman Farland pisaba el verdadero suelo del planeta Metaurus.

CAPÍTULO VIII

Las cámaras de entrenamiento no habían preparado del todo a Farland para el verdadero ambiente de la superficie de Metaurus.

Una copiosa lluvia caía en densa cortina. Ráfagas de viento fustigaban el diluvio contra su rostro. Se frotó los ojos y vislumbró en el horizonte las cónicas formas de dos volcanes vomitando nubes de humo y llamaradas. La refracción de aquel infierno daba un colorido rojo oscuro a las nubes que surcaban velozmente el espacio encima de ellos.

En su sombrero metálico algo repicó y rebotando se aplastó en el suelo. Inclinándose lo recogió. Granizo, Tan voluminoso como su pulgar. Un súbito repique de granizo martilleó dolorosamente su espalda y nuca obligándose a erguirse apresuradamente.

Con la misma rapidez con que se presentó, cesó la tormenta. El sol ardió fundiendo el granizo y sacando vapor de la húmeda calle.

Farland sudaba copiosamente dentro de su ropa blindada. Pero antes de que hubiesen recorrido un centenar de metros, arreció de nuevo la lluvia y tembló de frío.

Los volcanes roncaban a lo lejos y el suelo retemblaba. Los edificios cuadrados y macizos aparecían grisáceos. Más de la mitad estaban en ruinas.

La acera para peatones estaba en el centro de la amplia calle. De vez en cuando a uno y otro lado pasaban camiones blindados. Aquella acera central intrigaba a Farland hasta que Dix hizo explotar de un tiro algo que surgía repentinamente de un edificio en ruinas.

La acera central permitía defenderse contra lo que podía aparecer súbitamente con intenciones agresivas.

Masculló Farland:

—Supongo que no habrá nada parecido a un taxi en este planeta.

Dix se limitó a mirarle frunciendo las cejas. Era evidente que ni siquiera había oído hasta entonces la palabra «taxi».

A la hora de caminata, cansado, deprimido, dijo Farland:

—Tu ciudad está en muy mal estado, Dix. Espero que las otras estén en mejor forma.

—No hay otras ciudades. Hay algunos campamentos mineros, pero ninguna otra ciudad.

—¿Conoces a Zask?

—Claro. Todo el mundo conoce a Zask. Pero está muy atareado.

—Muchacho, tú eres el guardián de mi persona corporal, pero no de mis intenciones mentales. Te ruego me conduzcas hasta donde pueda ver a Zask.

Dix le precedió hasta uno de los edificios centrales. La planta baja semejaba una gran oficina. Sus empleados no prestaron la menor atención a Dix y al forastero.

Farland tuvo que subir dos tramos de escalera antes de llegar a una puerta donde un rótulo luminoso anunciaba: «Coordinación y Suministros.»

—¿Aquí está Zask?

—Claro. Es el que lo dirige todo.

—Muy bien, Dix. Ahora te vas a tomar un refresco o una sopa, y vuelves a buscarme dentro de un par de horas aquí mismo. Supongo que Zask puede cuidarme tan bien como tú mismo.

El niño dudó unos instantes y por fin dando media vuelta se fue.

Farland empujó la puerta. Más oficinistas. Ninguno miró al visitante ni nadie le preguntó qué deseaba. Había solamente otra puerta al fondo. Fue a abrirla,

Zask alzó la mirada de la mesa recubierta de archivadores y gaveteras.

—Me estaba ya preguntando cuándo te asomarías —dijo a modo de saludo.

—Me hubiese asomado mucho antes si tú no hubieses retardado mi salida.

Y dejándose caer cansinamente en un sillón agregó Farland:

—A la larga penetró en mi mollera que me iba a pasar el resto de mi vida en tu sanguinario kindergarten de párvulos si no hacía algo para evitarlo. Y aquí estoy.

—Ahora que ya has visto lo suficiente de Metaurus ¿listo para regresar a los mundos civilizados?

—No. Y empiezo a estar harto de que todo el mundo me aconseje largarme. Empiezo también a creer que tú y el resto de los Metaurus tratáis de ocultar algo.

—¿Qué podríamos ocultar? Dudo que ningún planeta tenga una existencia tan sencilla y directa como la nuestra.

—Si es así, entonces no te importará contestarme unas pocas preguntas sencillas y directas ¿no?

—Bien... ¿Qué es lo que deseas saber?

—¿A cuánto asciende la población de tu planeta?

—Aproximadamente unos treinta mil habitantes.

—No es mucha gente para un planeta que fue poblado hace mucho tiempo. Y si solamente hay una ciudad encerrada en muro protectivo, es fácil deducir que hoy tu pueblo controla menos superficie del planeta que antes. O quizá, y esto es casi lo más seguro, la población de Metaurus declina y disminuye constantemente, año tras año.

La reacción de Zask fue sorprendente. Saltó en pie, extendidas las anchas manos hacia Farland, congestionado el rostro de furor.

—¡No vuelvas nunca a repetir esto! ¡No te atrevas nunca más a repetirlo!

Farland permaneció lo más quieto posible, eligiendo con cuidado las palabras.

—No te exasperes, Zask. Yo no pretendo sino ayudarte, si puedo. Las palabras sólo son símbolos. Podemos discutir y charlar sin perder el temple por simples palabras.

—Lo siento... Sí, tienes razón. Me exasperé tontamente. No me ocurre habitualmente, pero últimamente he trabajado duro y debo tener los nervios a ras de piel.

—Esto nos pasa a ambos, Zask. Admito que todo lo que dijiste acerca de Metaurus es verdad. Es uno de los lugares más mortíferos del sistema. Y solamente los nativos pueden posiblemente sobrevivir aquí. Yo, dejado a mis propios medios, no tendría la menor oportunidad de sobrevivir.

—Me sorprende oírte. ¿No viniste aquí para demostrar que valías tanto como cualquier nativo?

—Posiblemente fue mi razón principal. Y también la curiosidad. Físicamente me superáis. Pero hay un terreno en el que os llevo ventaja.

—¿Sí? ¿En cuál?

—Te lo explicaré, pero no me desnuques al oírme. Para tu pueblo yo soy inferior porque procedo de otro planeta. Y, sin embargo, ésta es precisamente mi superioridad, mi fuerza. Yo puedo ver cosas que para vosotros quedan ocultas. Ya sabes... El proverbio de que los árboles no dejan ver el bosque.

Aprobó Zask en lenta cabezada, y prosiguió Farland:

—Para mí ciertos hechos son evidentes. Creo que tu pueblo también los conoce, pero se callan. Son pensamientos que mantienen secretos. Hablar de ellos es tabú. Voy a decirte uno de esos secretos pensamientos y espero que sabrás controlarte lo bastante para no matarme.

Volvió Zask a afirmar ceñudo.

Farland expuso con lentitud:

—Creo que los seres humanos están perdiendo la guerra en Metaurus. Tras cientos de años de ocupación ésta es la única ciudad del planeta... y la mitad está en ruinas. Como si antes hubiera contenido una población más numerosa. Créeme, Zask, me duele exponer mis deducciones. Lo hago porque estoy seguro que ya lo sabías, pero te resistes a admitir que toda esta lucha y matanza no lleva a ninguna parte. Si vuestra población está disminuyendo progresivamente, entonces vuestra guerra no es sino una sangrienta forma de suicidio racial. Podríais abandonar este planeta, pero esto supondría admitir la derrota. Y estoy seguro que los Metaurus prefieren la muerte a la derrota.

Cuando Zask se incorporó en su asiento, también se levantó Farland para exponer apresuradamente:

—Intento ayudarte, compréndelo. Estáis peleando una batalla casi perdida. El único resultado final será la derrota definitiva. Y esto es lo que no quieres admitir. Esta es la razón por la cual preferirías matarme antes que seguir oyéndome decir lo que debe callarse, lo que no queréis mencionar.

Zask se inclinaba como una torre dispuesta a abatirse sobre Farland y aplastarlo. Retenido únicamente por la fuerza persuasiva de los argumentos de Farland.

—Has de empezar a afrontar las realidades, Zask. Solamente te empeñas en proseguir la guerra. Ya es hora que empieces a comprender que puedes y debes buscar las causas de esta guerra. Sí, las causas. Y así habrá terminado con la guerra.

El significado de las palabras iba penetrando en la mente de Zask, ahuyentando su cólera. Volvió a sentarse y gruñó:

—¿Qué demonios quieres decir? ¿Las causas? Son claras... Luchamos contra fuerzas enemigas que sólo saben matar.

—No es así de sencillo, Zask. Piensa un momento en algo bien claro. Cuando te ausentas del planeta, a tu regreso debes «readaptarte», ya que durante tu ausencia las cosas han empeorado. Esto es lo que en mi planeta llamamos progresión lineal. Si las cosas se ponen peor al extenderte hacia el futuro, es que estuvieron mejor si te extiendes hacia el pasado. Y por consiguiente, en el pasado tuvo que

haber una época en que la humanidad y Metaurus no estaban en guerra. Este planeta no era hostil a sus pobladores. ¿No es así?

Zask escuchaba con creciente intensidad. Asintió:

—Sigue a ver dónde quieres ir a parar.

—Toda la flora y fauna de Metaurus que he podido ver tienen una cosa en común. No emplear su inmenso surtido, de armas contra ellos mismos. Solamente operan contra los seres humanos, únicamente se dedican a matar al homo sapiens. Pero es físicamente imposible, ya que en los trescientos años que el hombre lleva poblando este planeta, las otras formas de vida, flora y fauna, no pudieron adaptarse en forma natural a destruir a los pobladores.

—¡Pero esto es lo que hacen! —bramó Zask.

—Exacto. Y si así se comportan es porque debe haber algo o alguien que les incita a hacerlo. ¿Cómo opera este algo o alguien? No tengo la menor idea.

—¿Sugieres que hay seres conscientes en Metaurus distintos a los de descendencia humana? ¿Seres que organizan al planeta para que nos extermine?

—No lo he sugerido yo, sino tú. Esto significa que ya captaste la idea. No sé qué es lo que originó este cambio en tu planeta, pero me gustaría averiguarlo. Y ver entonces si puede regresarse al estado anterior de paz cuando la flora y la fauna no atacaban al hombre.

Zask empezó a pasear a lo ancho de la habitación. Por fin, dijo:

—No es que me hayas convencido, pero tampoco encuentro una respuesta lógica para rebatir tus argumentos. Por consiguiente, actuaremos como si fueran ciertos. Y ahora ¿qué planeas hacer y qué puedes hacer?

—Primero necesitaré un sitio para vivir y trabajar. Un sitio que esté bien protegido, de modo que en vez de gastar mis energías en simplemente tratar de permanecer vivo pueda dedicarme al estudio de este proyecto. Segundo, necesito alguien que me ayude, y al mismo tiempo sea mi escolta. Alguien más sesudo que mi actual guardián Dix. Sugiero a Magna como la persona más adecuada para esta tarea.

—¿Magna? Ella es piloto espacial y operadora de la pantalla defensiva. ¿De qué utilidad puede serte en tu proyecto?

—De la máxima utilidad. Ha visitado otros planetas y no es tozudamente Metaurus. Conoce lo referente a este planeta y puede contestar a cualquier pregunta que le haga. Y por añadidura es una muchacha atractiva.

—Sospeché que te ibas a callar la última cualidad. Las otras son también sensatas, y, por consiguiente, la haré reemplazar avisándola para que venga aquí. En cuanto a edificios bien protegidos sobran y podrás elegir.

Zask hizo algunas llamadas por la pantalla. Fue dando órdenes. Cuando hubo terminado, le preguntó Farland :

—¿Eres el dictador de este planeta? Chasqueas los dedos y todos obedecen.

—Pura apariencia. Después de todo nuestra población total viene a tener aproximadamente el tamaño de una división de ejército. Cada cual hace el trabajo para el que está capacitado. Las actividades están separadas en departamentos dirigidos por la persona más capacitada. Yo dirijo Coordinación y Suministros, que viene a ser la categoría casi más inferior.

Entró Magna y como si no hubiese visto siquiera a Farland se enfrentó a Zask.

—Me han relevado ordenándome venir aquí. ¿De qué se trata? ¿Un cambio en mi calendario de vuelos?

—Un cambio total. A partir de ahora has cesado en tus anteriores funciones y quedas destinada a un nuevo departamento. El de Investigaciones. Y éste conocido tuyo es el jefe de tu departamento.

—¿Es una orden?

—Sí. Es una orden —afirmó Zask secamente.

Intervino Farland:

—Tal vez yo pueda explicarte de qué se trata, Magna. Pero primero me agradaría contar con tu cooperación. ¿Tienes la bondad de entregar tu carga de munición a Zask?

Zask asintió ante la mirada interrogante de Magna.

—Es sólo por unos minutos, Magna. Yo llevo mi pistola y por lo

tanto estás a salvo. Creo que sé lo que Farland teme pueda ocurrir, y por experiencia personal me temo que tiene razón.

Con expresión de disgusto, Magna presionó el broche especial entregando la cámara de carga a Zask.

Sólo entonces empezó Farland a explicar:

—Tengo una teoría acerca de las condiciones de vida en Metaurus y es lamentable, pero tendré que destrozar algunas de tus ilusiones al irte exponiendo mi teoría. Para empezar, has de admitir que tu pueblo está lentamente perdiendo la guerra y al final será destruido…

Antes de que terminase la frase, la pistola de Magna estaba encañonándole recto entre los ojos y ella presionaba frenéticamente el gatillo.

En su expresión había odio. Lo que acababa de oír era para ella lo más horrible que podía suceder. Y que estaba sucediendo. Que aquella guerra a la que todos habían consagrado sus vidas ya había entrado en vías de derrota próxima.

Zask la asió por los hombros obligándola a sentarse en su propio sillón. Pasó algún tiempo antes que ella se calmase lo suficiente para escuchar a Farland, que le repitió lo que él y Zask habían hablado.

Terminó Farland:

—Quizá sea mucha la impresión para asimilarla de una sola vez, o sea, que lo reduciré a lo más sencillo. Creo que podemos hallar el motivo de este incesante y creciente odio hacia los pobladores. No sé qué resultados obtendremos, pero debemos efectuar la investigación. Zask está de acuerdo conmigo en este punto.

Miró a Zask, que cabeceó afirmativamente.

Toda actitud de rebeldía y agresividad cesó en Magna, que murmuró.

—No diré que esté de acuerdo… ni siquiera que haya entendido todo lo que has dicho. Pero te ayudaré, si Zask piensa que así debe ser.

—Eso es y así lo creo, Magna. ¿Puedo devolverte la carga de tu pistola? ¿No planeas pegarle varios tiros a Farland?

Recargando de nuevo su pistola, dijo ella fríamente :

—Fue un impulso estúpido por mi parte. No necesito pistola. Si tuviese que matar a Farland, me sobra con mis manos desnudas.

—Es un alivio oírte —sonrió Farland—. ¿Estás ya dispuesta a empezar el trabajo de investigación?

—Naturalmente. Primero encontraremos el sitio más conveniente para tu seguridad y tranquilidad. Yo me ocuparé de ello. Después, la tarea del nuevo departamento de Investigación te incumbe a ti por entero.

CAPÍTULO IX

Había salas vacías en uno de los edificios de computadoras. Estaban completamente aisladas y su hermetismo impedía el acceso de cualquier clase de vida animal agresiva.

Mientras Magna iba en busca de una cama, Farland arrastró penosamente una mesa-despacho y sillas de una sala vacía. Cuando ella regresó con una cama neumática, Farland se dejó caer en ella con un suspiro de inmensa satisfacción.

El labio inferior de Magna ostentó una mueca desdeñosa ante la evidente debilidad masculina.

—De acuerdo, mujer. Soy un tipo flojo, pero tendrás que ir acostumbrándote a verme tendido. Vuestra gravedad doble me aplana. Por lo cual pretendo hacer todo el trabajo que pueda manteniéndome en esta magnífica posición horizontal.

—¿Qué clase de trabajo puede hacerse así? —indagó ella con aspereza.

—Intelectual, de cerebro, de deducción. Vosotros sois puro músculo y agresividad defensiva. Por tanto, yo haré funcionar mi seso y tú serás mi brazo derecho. Y en este mismo instante, deseo que me proporciones algo para comer. También pretendo engullir mis comidas en la mencionada posición horizontal.

Con expresión de sumo desagrado, Magna salió del cuarto.

Mientras estaba ella ausente, Farland tomó varias notas. Al terminar ambos la comida casi sin sabor, inició él la investigación:

—¿Dónde puedo hallar los archivos históricos de Metaurus? Cualquier clase de información acerca de los primeros días de colonización de este planeta.

—Nunca he oído hablar de nada semejante.

—Pero tiene que haber algo escrito... ¿Dónde?

—No sé.

—Escucha, Magna... Aunque vuestra cultura actual dedica exclusivamente todo su tiempo y energías a la asignatura de supervivencia, no cabe duda que siempre no fue así. Los pioneros y sus sucesores iban tomando notas, guardando en archivos sus experiencias. ¿Dónde están? ¿Tenéis alguna biblioteca aquí?

—Claro que la tenemos. Una excelente librería técnica. Pero estoy segura que no encontrarás nada de lo que me has explicado.

Levantándose, suspiró Farland, fastidiado:

—No me queda más remedio que desplazarme hasta vuestra famosa librería. Vamos allá.

Todas las operaciones en la biblioteca eran completamente automáticas. Un índice en relieve proporcionaba el número para cualquier texto que se quería consultar.

El texto grabado se deslizaba hasta la mesa treinta segundos después que el número había sido pulsado. La cinta conectada con unos auriculares y a su término bastaba pulsar otro botón para que regresase a la columna de depósito en las estanterías metálicas.

—Maravilloso —aprobó Farland, al terminar de consultar el índice—. Pero no contiene nada que pueda servirme. Sólo tiene compendios de toda clase de ciencias.

—¿Y qué otra cosa puede haber en una biblioteca? —preguntó Magna sinceramente intrigada.

—Te lo explicaré en su debido momento. Ahora tenemos que encontrar una pista. ¿Es posible que existan grabaciones o quizás

hasta libros impresos que no estén registrados en esta máquina repartidora?

—Me parece poco probable pero podemos preguntarlo a Lipok. Vive en este local y está a cargo de la librería. Se ocupa de tener la maquinaria siempre en buen funcionamiento.

Fue ella hacia una puerta al fondo, y bajó una palanca. Una luz parpadeó en el dintel. Poco después se abría la puerta y aparecía Lipok.

Meditó Farland que fuera lo que fuese lo que hubiese atacado tiempo atrás a Lipok su tarea había sido muy eficiente.

La mayor parte inferior del rostro había desaparecido. Su brazo izquierdo estaba retorcido y como momificado. Las lesiones de su cuerpo y piernas le permitían únicamente desplazarse en lento bamboleo.

Pero conservaba un brazo válido y la visión en ambos ojos muy penetrantes.

Expuso Magna:

—Es mudo.

Farland empezó a explicar lo que deseaba, pero Lipok parecía solamente interesado en rascarse. Hasta que Farland comprendió que hurgaba bajo su ropa en busca del aparato que se incrustó en el pabellón de la oreja.

Además de mudo, era sordo.

Explicó nuevamente Farland lo que quería. Lipok asintió imprimiendo con un punzón su respuesta en una tablilla.

«Hay muchos libros. En almacén sótano.»

Siguieron al bibliotecario hasta una puerta cerrada con dos barras de hierro. La señaló.

Mientras Magna y Farland pugnaban para alzar las barras enmohecidas por los años, Lipok escribió otra nota en su tablilla.

«Cerrado muchos años. Ratas.»

Las pistolas de Farland y Magna aparecieron en sus manos al

leer el mensaje. Farland siguió ocupándose del cerrojo.

Los dos nativos Metaurus permanecieron acechando.

No necesitó Farland abrir. Los ruidos en la puerta debían haber atraído a todas las alimañas residiendo en el sótano.

Farland tiraba el último candado y se disponía a abrir, cuando la puerta fue abierta. Empujada desde dentro.

Magna y Lipok hombro a hombro empezaron a disparar contra la masa hirviente de enormes ratas que se lanzaban al ataque.

Farland saltó a un lado y fue pulsando el gatillo frenéticamente. La destrucción y matanza parecía interminable.

Pasaron largos minutos antes que la última de las gigantescas ratas describiera su voltereta mortal.

Farland sentíase algo mareado tras aquel ataque feroz y silencioso.

Vio un arañazo en la mejilla de Magna, donde una de las alimañas había asestado un zarpazo. Ella parecía no haberse dado cuenta. Seguían brillando sus ojos en excitación combativa.

Llegando hasta ella aplicó Farland el analizador contra la herida. El inyector restalló y Magna respingó cuando la aguja anti-toxina hincó su líquido.

Entonces solamente se dio cuenta de lo que Farland hacía.

—Gracias, Farland. No me había enterado. Había tantas y salieron tan aprisa...

Meditó Farland que en algunos de los planetas que conocía, las mujeres solían chillar y correr cuando aparecía un minúsculo ratón.

Y, sin embargo, Magna era toda una mujer, muy femenina. Fuera de Metaurus. Fuera de aquel planeta hostil, feroz y sanguinario.

Lipok tendió una poderosa linterna de baterías a Farland. Fueron bajando lentamente los crujientes peldaños.

Con mueca asqueada rezongó Farland:

—¡Vaya peste más hedionda! Si no llevase estos filtros en las

narices creo que sólo el olor acababa conmigo.

Algo saltó garras hacia delante, abiertas las fauces iluminadas por el haz de luz. Un disparo de Magna truncó el salto.

Al pie de las escaleras miraron en tomo.

Y Farland comentó con fastidio:

—Hubo una vez libros aquí. No cabe duda. Y archivadores.

Libros y archivadores habían sido sistemáticamente roídos, masticados y destruidos durante décadas.

Enojado afirmó Farland:

—Me emociona el cuidado que dedicáis a vuestros viejos libros.

Fríamente replicó Magna:

—Posiblemente carecían de importancia, ya que de lo contrario estarían registrados y grabados adecuadamente arriba.

Farland vagabundeó sombríamente por los compartimentos. Nada quedaba que tuviera el menor valor. Fragmentos y jirones de papel desteñido y excrementado.

Con la puntera de su bota blindada asestó coléricamente un patadón a una pila de restos, dispuesto ya a renunciar a la búsqueda.

Bajo el montón de basura algo destelló. Metal herrumbroso.

—¡Aguanta el trasto!

Entregó la linterna a Magna y olvidándose por el momento de todo posible peligro, empezó a apartar a un lado la basura...

Apareció una caja plana metálica con un cerrojo de caja fuerte incrustado en su tapadera.

Sorprendida, dijo Magna:

—Parece una caja de bitácora.

—Eso mismo me parece. Y si es así, tal vez después de todo valió la pena la matanza de esos bicharracos inmundos.

En el nuevo despacho de Farland, Magna esparció por toda la caja un anti-contaminación. Con una manopla de malla frotó. Aparecieron unas letras grabar das en el borde de la tapadera.

Leyó ella:

—«R.T.E. CASTOR HOPE.» Este debe ser el nombre de la nave de donde procede esta bitácora. Pero no logró identificar lo que significan las iníciales R. T. E.

—Remolque de Transporte Estelar. Oí hablar de ellos, pero nunca he visto a ninguno. Fueron construidos durante la última oleada de expansión galáxica. En realidad no eran más que gigantescos containers metálicos colocados en el espacio. Después de ser cargados con gente, maquinaria y provisiones, eran dirigidos hacia cualquier sistema planetario que hubiesen elegido. ¿Puedes facilitarme algo para descerrajar este maldito cajón?

No tardó ella en regresar con una barra reluciente de punta en bisel. La introdujo en recio golpe lateral. El metal herrumbroso gimió agrietándose.

La tapadera cayó y un libro voluminoso rebotó sobre la mesa.

Sobre la cubierta, una mano meticulosa había escrito en mayúsculas caligráficas:

CUADERNO DE BITACOBA DEL R.T.E. CASTOR HOPE.

RUMBO DE BALTONIA A METAURUS.

65.000 COLONOS A BORDO.

Meditó Farland rápidamente que la población humana aumentaba siempre en progresión geométrica.

Y ahora, en Metaurus había menos habitantes que los que poblaron originariamente el planeta.

Magna estaba a espaldas de Farland leyendo inclinada sobre su hombro mientras él iba volviendo las crujientes y amarillentas páginas.

Pasó aprisa la parte inicial referente a los preparativos y viaje.

Solamente cuando llegó a la descripción, de la llegada a Metaurus fue leyendo lentamente.

Y de pronto exclamó:

—¡Aquí está! Ya estamos en la buena pista. Hasta tú misma, con toda tu terquedad patriótica planetaria, tendrás que admitir que mi teoría no es un absurdo. Lee aquí.

Señalaba con el índice.

—«...hace ya tres jomadas que los remolques de transporte se fueron. Estamos ahora completamente a merced de nuestros propios medios. Los colonos todavía no acaban de ambientarse en este planeta, aunque cada noche mantenemos charlas de orientación.

»Realmente no puedo reprocharles a esta gente su inquietud, ya que todos ellos vivían en los subterráneos de Baltonia y es posible que vieran el sol únicamente un par de veces por año.

«Este planeta posee un clima que es como una maldición rencorosa. Es el peor de los climas que he visto y he visitado centenares de planetas. Estos ciudadanos baltonianos temen salir fuera cuando llueve. Sin embargo, la doble gravedad de aquí no les importuna demasiado, ya que se adaptan fácilmente dado su grado de 1,8 G.

«Tendrán que habituarse también al interminable ciclo de lluvia, nieve, granizo, huracanes y ardores, aunque la mejor solución será construir ciudades totalmente cerradas con perímetro de altos muros.

»Lo único en este desamparado planeta que no está contra nosotros son los animales. Al principio acudieron algunas fieras de terrorífica presencia, pero la guardia armada terminó pronto con ellas. El resto de los animales salvajes nos dejan tranquilos. Lo celebro mucho, porque nunca he visto una colección de fauna con aspecto tan terrorífico. Hasta los pequeños roedores no mayores que una mano humana lucen caparazones como tanques...»

Continuó Farland pasando hojas más rápidamente. Una frase le llamó la atención. Leyó en voz alta:

«...Los problemas siguen aumentando. Ya han muerto catorce pobladores a causa de heridas venenosas. Tendremos que reforzar las dosis químicas de insecticidas y herbicidas. Y es hora ya de acelerar la construcción de una empalizada defensiva circundando nuestro campamento para mantener alejadas las fieras.

»Uno de los científicos de la expedición, Duggir, ha expuesto su

personal teoría. El volcanismo está, según él, tan cercano de la superficie que el suelo se mantiene cálido y nutre exageradamente toda la vegetación y fauna. Suponiendo que tenga razón ¿qué podremos hacer para evitar el monstruoso desarrollo de fauna y Alora?»

Repicando con el índice sobre la página, afirmó Farland:

—Aquí está el origen de todo. Es un combate desigual, Magna. Este planeta se ha convertido en una enorme trampa mortífera para cualquier ser humano.

—Y, naturalmente, según tú, la única solución sería desertar, abandonar Metaurus, ¿no es así?

—Así es.

—¡Esto es cobardía!

—Llámalo como quieras. Pero más vale un cobarde vivo en otro planeta que una preciosa mujer valiente muerta en Metaurus... de muerte horrible e inútil...

Magna pareció a punto de dirigir su índice con intención agresiva hacia Farland. Este cruzándose de brazos, exteriormente calmoso, íntimamente inquieto, dijo:

—¿Resolverás nada matándome, muchacha?

Fue ella la que para dominarse, cruzó ahora los brazos.

Farland, exhalando un íntimo suspiro de alivio, siguió pasando hojas. Hasta llegar a la última anotación del cuaderno de bitácora.

Inscrita dos meses después era muy breve.

Y la letra era distinta, debida a otra mano:

«El Capitán Kranon murió hoy, a causa de envenenamiento de la sangre producido por la picadura de un insecto. Su muerte es una gran, pérdida para todos nosotros.»

CAPÍTULO X

Dijo Farland:

—Zask ha de leer este libro. ¿Podemos conseguir algo que nos transporte o hay que caminar?

—Caminar, naturalmente —replicó Magna severamente.

—Entonces tú llevas el libro. Bajo el peso de la Dos-G me resulta difícil ser un caballero y llevar paquetes.

Acababan de entrar en la oficina general de Zask cuando un agudo alarido brotó de la pantalla telefónica.

Tardó Farland un momento en comprender que no era una voz humana, sino una señal mecánica.

Preguntó:

—¿Qué pasa?

Zask salió de estampía de su despacho yendo hacia la puerta de la calle. Todos los demás de la oficina le siguieron.

Magna parecía indecisa, mirando alternativamente a la calle y a Farland.

—Pero, bueno ¿qué sucede, muchacha?

—Alarma en un sector. Una brecha ha sido abierta en el perímetro defensivo. Todos han de acudir hacia allá.

—Bien, pues vete allá, mujer. No te preocupes por mí.

Sus palabras actuaron como un resorte. La pistola de Magna ya estaba en su diestra y salía corriendo.

Farland sentóse cansinamente en la oficina desierta.

El absoluto silencio empezó a ponerle nervioso. Acercó su silla a la pantalla televisiva anexa a la telefónica y pulsó el resalte de recepción.

La pantalla estalló en colores y sonido. Al principio Farland no le sacaba el menor sentido a aquella confusión de rostros y voces.

Era un multicanal proyectado para usos militares.

Tras examinar los controles y hacer algunas pruebas, comenzó Farland a entender el funcionamiento. Aunque todas las estaciones estuvieran en la pantalla, sus audiocanales podían ser controlados.

La identificación entre voz y sonido era automática. Cuando una de las figuras hablaba, su imagen se iluminaba en rojo.

Mediante diversas pruebas, Farland consiguió conectar la estación que quería y trató de seguir el curso del ataque.

Pronto comprendió que estaba sucediendo algo fuera de lo común. Una sección del perímetro defensivo había sido perforada y las defensas de emergencia debían acudir a taponar la brecha.

Zask parecía estar a cargo de la operación, o por lo menos era el único que llevaba un transmisor. Lo empleaba para dar órdenes.

Las numerosas y diminutas imágenes se difuminaron y el rostro de Zask apareció superpuesto a ellas, llenando la pantalla por entero.

Su voz resonaba estridente:

—Todas las estaciones del perímetro envíen la cuarta parte de sus efectivos a la zona catorce.

Las pequeñas imágenes reaparecieron y el parloteo aumentó,

yendo la luz roja de rostro a rostro.

—Abandonen la planta alta. Las bombas de ácido no llegan a su objetivo.

—Si seguimos aquí quedaremos aislados, pero el saliente se halla en el flanco oeste. Pedimos refuerzos.

—¡No, no vayas! ¡Es inútil!

—...y los bidones de napalm están terminándose. ¿Cuáles son las instrucciones?

—El camión sigue allá, llévenlo al almacén de suministros, y carguen más material.

De toda aquella charla, sólo los dos últimos fragmentos tenían sentido. Farland había visto que toda la planta baja estaba, atiborrada de pertrechos militares.

Esperar ahí sentado mirando era exasperante. Decidió actuar.

Cuando llegó a nivel de la calle, un turbo-camión se hallaba detenido ante la plataforma de carga.

Dos metaurus iban haciendo rodar bidones de napalm.

Farland fue colocando los bidones en el camión mientras los otros iban haciéndolos rodar. Aceptaron su ayuda sin comentarios.

Era un trabajo fatigoso. A los pocos minutos, Farland actuaba casi por tacto, ya que una neblina roja inundaba sus ojos al agolparse la sangre en sus sienes.

Supo que la tarea había terminado sólo cuando el camión arrancó súbitamente y la sacudida arrojó a Farland contra uno de los bidones al que se abrazó para no caer.

Resollaba boqueando por el cansancio. Y ya podía ver bien, aunque seguía jadeante cuando el camión se detuvo en la zona de combate.

La escena era de una confusión estrepitosa. Pistolas disparando, llamas en chisporroteos repentinos, mujeres y hombres corriendo en todos sentidos.

Los bidones de napalm fueron descargados sin su ayuda. Saltó a

tierra y el camión desapareció en busca de más material incendiario.

Farland se adosó a la pared de un edificio medio destruido. Se deslizaban innumerables animales de escaso tamaño pero erizados de púas y con largo cuerno afilado.

Mató a dos que acudían hacia él, relucientes los ojillos verdes.

Un metaurus crispado el rostro lívido, apareció tambaleándose. Su brazo derecho colgaba inerte, goteando sangre por jirones de carne rasgada. Estaba recubierto el brazo herido con espuma quirúrgica recientemente aplicada.

Empuñaba su pistola con la zurda y Farland creyó que andaba en busca de un puesto médico de socorro.

Pero el metaurus agarrando la pistola con sus dientes, empujó con su mano válida un bidón de napalm haciéndolo rodar a un lado.

Luego con la pistola de nuevo en la zurda, empezó a hacer rodar el bidón por el suelo con sus pies. Era una maniobra lenta.

Acudió Farland para inclinarse sobre el bidón.

—Déjame hacerlo. Tú puedes cubrirnos a los dos con tu pistola.

El herido se enjugó el sudor de los párpados con el dorso de la mano y pestañeó mirando a Farland. Pareció reconocerle.

Sonrió, pero era una mueca de dolor, carente de humorismo.

—De acuerdo. Entre los dos, casi valemos por uno.

Farland pasó por alto el comentario ofensivo. No le importaba que los metaurus le considerasen un «débil e inútil forastero».

Una explosión había abierto un hoyo en la esquina. Dos metaurus estaban en el hoyo, excavándolo a más profundidad con palas.

Todo aquello parecía insensato.

Apenas Farland y el herido colocaron el bidón verticalmente, los excavadores saltaron fuera del hoyo y empezaron a disparar hacia el interior.

Uno de ellos se volvió. Era una muchacha de apenas quince

años.

—Uno de los nuevos monstruos se abre paso hacia la zona doce. Acabamos de verle.

Y mientras hablaba hizo girar el bidón, abrió su espita, y empezó a vaciar el contenido en el hoyo. Cuando la mitad ya había gorgoteado hacia abajo, asestó un puntapié al propio bidón lanzándolo al interior.

Su compañero sacó una bengala de su cinto, la encendió, y la arrojó al hoyo.

Dijo:

—Atrás, pronto. No les gusta el fuego.

El napalm prendió. Lenguas de fuego y vaharadas de humos grasiento ascendieron hacia el cielo.

Bajo los pies de Farland la tierra retembló moviéndose.

«Algo» negro y largo se elevó en el centro de las llamas, arqueándose luego en alto por encima de sus cabezas.

En medio de aquella hoguera se movía con extraños y ondulantes cimbreos.

Era inmenso. Uno dos metros de espesor y no se divisaba el final de su extensa largura. Las llamas no detenían sus movimientos ondulatorios.

Farland empezó a tener idea del largo de aquel horrible monstruo cuando la calle restalló elevándose a cada lado del hoyo en una trayectoria de unos cincuenta metros.

Grandes anillos negros y escamosos empezaron a emerger del suelo agrietado. Disparó Farland su pistola al igual que los otros.

Tampoco los explosivos proyectiles parecían surtir efecto.

Iba acudiendo más gente, con diversidad de armamento. Los lanzallamas y granadas de mano parecían resultar más efectivas.

—¡Despejen el área! ¡Vamos a saturarlo! ¡Retrocedan pronto!

La voz era tan estentórea que le produjo zumbidos a Farland.

Volvióse, reconoció a Zask que había venido con un turbo-camión cargado de material bélico.

Tenía a la espalda una emisora y el micro colgaba ante sus labios. Su voz amplificada hizo reaccionar al instante a la muchedumbre, que fue desplazándose.

Pero en la mente de Farland alentaba la duda sobre lo que tenía que hacer. ¿Despejar el área? ¿Cuál área?

Se dirigid hacia Zask antes de darse cuenta que el resto de los metaurus corrían en dirección opuesta.

Farland tuvo la repentina sensación de hallarse solo en un escenario de terror. Estaba en el centro de la calle, y los demás se habían esfumado. Nadie quedaba a la vista.

Excepto el hombre herido al que había ayudado. Se tambaleaba acudiendo hacia Farland, agitando su brazo válido. Farland no podía oír lo que le estaba diciendo.

Zask gritaba de nuevo órdenes desde uno de los camiones, que también estaban retirándose.

La urgencia del peligro penetró en la mente de Farland que se dispuso a echar a correr.

Pero ya era demasiado tarde.

Por todos lados la tierra se rizaba, crujía alzándose, y más anillos del monstruo subterráneo iban surgiendo a la luz.

Farland permaneció como petrificado.

El altísimo y erecto arco del monstruo estaba ante él.

Del grosor de un hombre, de color negro parduzco, proyectado por todas partes unos tendones, blancuzcos que reptaban.

Tenía la conformación de una planta, y sin embargo, se movía como un animal de pesadilla. Rechinando y escupiendo.

Iban apareciendo aberturas y costurones. Que vomitaban hordas de alimañas chillonas.

Veía Farland los colmillos afilados poblando las mandíbulas.

La parálisis del terror ante lo desconocido le mantenía inmóvil.

Zask le llamaba a bramidos a través del amplificador.

Otros estaban disparando hacia el monstruo y su contenido.

De pronto salid Farland proyectado hacia delante, empujado por un hombro duro como la piedra. El hombre herido seguía allí, tratando de salvar a Farland.

Agarrada su pistola con los dientes, empujaba a Farland con su mano válida.

Hacia el monstruo.

Los otros dejaron de disparar. Comprendían el plan del herido.

Una porción del monstruo se arqueaba en el aire, dejando una abertura entre su cuerpo y el suelo.

El metaurus herido afianzó los pies y tensó sus músculos. Asestó un tremendo empujón y Farland salió disparado bajo el arco viviente.

Los tendones móviles exhalaron fuego a su lado, pero ya estaba fuera de peligro, rodando por el suelo.

El metaurus herido saltó tras él.

Pero ya era tarde.

El monstruo dejó caer su arco y atrapó al herido bajo su peso. Los tendones lo envolvieron y las alimañas le recubrieron. Su gatillo debió quedar en posición de fuego constante porque la pistola continuó disparando mucho tiempo después de su muerte.

Farland siguió reptando. Algunas de las alimañas corrieron hacia él. Pero eran derribadas a disparos.

Unas manos brutales le agarraron, alzándolo y empujándole. Fue a parar contra un lado de un camión.

Ante él estaba el rostro de Zask congestionado de furor. Uno de sus enormes puños se cerró empuñando en estrujón la ropa de Farland y alzándolo en el aire, le sacudió por unos instantes.

Luego, le empujaban dentro del camión.

No perdió el sentido cuando el camión arrancó de golpe. Pero no podía moverse. Estaba infinitamente cansado.

Por vez primera había conocido lo que era pasar más allá de las fronteras del terror.

Y mientras pensaba en ello, perdió el sentido.

CAPÍTULO XI

Cuando Korub entró en la sala con una bandeja de comida, dijo Farland:

—Igual como al principio.

En silencio Korub sirvió a Farland y a los demás heridos en las otras camas. Se fue.

Notaba Farland los emplastos curativos sobre su rostro y cuerpo.

En sus ojos seguía la visión del arco de carne monstruosa bajando y aplastando al metaurus.

Un hombre que había dado su vida por la suya.

Un hombre cuyo nombre ni siquiera conocía.

Desde que por la mañana había recobrado el conocimiento sabía que había cometido un gran error.

Creer que podía ayudar a los combatientes metaurus.

En la comida había drogas y le hicieron dormir. Los apósitos iban mitigando el dolor y cerrando las llagas de las quemaduras allá donde los tentáculos habían rozado su cara.

Cuando despertó por segunda vez, afrontó la realidad. Por más que lo anhelase no podía devolverle la vida al que le había salvado.

Lo que debía hacer, como fuese, era procurar que no muriesen más metaurus inútilmente, en una guerra ya perdida.

Sentarse en la cama le produjo vértigos y se agarró al borde hasta que cesaron. Lenta y penosamente fue vistiéndose.

Korub entró, vio lo que estaba haciendo, y salió de nuevo sin pronunciar una sola palabra.

Vestirse le tomó mucho tiempo, pero por fin lo logró. Cuando salía de la estancia encontró a Zask esperándole.

—Escucha, Zask, quiero explicarte…

—¡No vas a explicarme nada! Yo soy el que voy a explicarte varias cosas. Una sola vez y definitiva. No te necesitamos en Metaurus ni a ti ni a tus preciosas teorías de tío listo forastero. Te dejé convencerme una vez. Te ayudé en perjuicio de trabajos más importantes. Debí haber comprendido cuál iba a ser el resultado de tu maldita lógica cerebral. Ya he visto los resultados. Husky murió para que tú pudieses vivir.

—Y mucho siento su muerte, pero yo pretendí ayudar…

—¡Nadie te pidió ayuda!

—¿No? ¿Y cómo nos conocimos, Zask? ¿Acaso no viniste tú…?

El propio Farland se calló, encogiéndose de hombros.

Era inútil. Solamente leía furor en el semblante de Zask que tardó unos instantes en manifestar:

—Permanecerás aquí en los edificios cerrados hasta que regrese la nave de transporte. Entonces abandonarás este planeta y nunca volverás. Si pretendieses volver, te mataré al instante mismo en que te viese. Con gran placer lo haré.

Se dirigió Zask hacia la puerta.

—¡Aguarda un momento! No puedes decidir así de pronto, bajo el influjo de tu enfado. Ni siquiera has visto las pruebas que he hallado sobre las causas que originan tanta mortandad…

Pero la puerta restalló violentamente cerrada desde fuera.

Zask renunciaba a oír. No quería escuchar las razones del «forastero». Y en Farland la cólera empezó también a remplazar su deseo de ser útil a la población de Metaurus.

Al volverse vio por vez primera a Korub, sentado en una esquina.

—Hola, Korub. ¿Oíste?

—Todo. Y puedes considerarte afortunado. Has tenido suerte.

—¿Afortunado? ¿Suerte por ser tratado como un cretino, con desprecio porque no soy terco y heroico metaurus?

—He dicho que has tenido suerte y lo repito, porque Husky era el mejor amigo que tenía Zask.

—De verdad que lamento la muerte de Husky, tanto si era o no amigo de Zask. Aunque esto explica por qué Zask está deseoso de perderme de vista. Pero es increíble que ni siquiera eche un vistazo a un documento irrebatible. El cuaderno de bitácora de los primeros pobladores.

—Ya lo he leído. Magna lo trajo. Es un documento histórico muy interesante.

—¿Esto es cuánto has visto en el cuaderno del capitán Kranon? ¿Un simple documento histórico? ¿El significado del progresivo crecimiento de la flora y fauna enemigas se escapó a tu entendimiento, Korub?

—No, pero comprender lo que está sucediendo no cambia nada en la situación. Nuestro presente es luchar. Y es tarea más que suficiente para mantener ocupadas todas nuestras energías.

—Tú eres un hombre inteligente, Korub, y sin embargo no sabes ver más allá de la punta de tus narices. Y supongo que os ocurre lo mismo a todos los metaurus. Dais por hecho que lo que es inevitable, no tiene otro remedio que pelear constantemente.

—Hemos nacido para luchar por nuestra supervivencia.

—Pero no así, hombre. Ya sé, ya sé que tú y el resto de los metaurus sois superhombres en comparación con los normales

terrícolas. Sois duros, estoicos, combativos y rápidos con las armas. Hubierais sido unos perfectos Rurales de Texas, Policías Montados del Canadá… Los legendarios luchadores de las fronteras del pasado. Y esto es lo que os pasa. Seguís siendo brutales, anticuados en vuestro modo de pensar y vivir. Pertenecéis al pasado. Y volveréis al pasado de las cavernas.

—Tu opinión es absurda. Pero nada pierdo con escucharte.

—En Metaurus, la humanidad ha sido empujada a entrenarse al límite máximo de adaptabilidad en músculos y reflejos. Un niño de seis años vive pensando solamente en matar para no morir. Emplea el seso solamente para guerrear constantemente. Y así estáis todos condenados al regreso a la prehistoria.

—¿Por qué?

—El seso bien empleado fue lo que hizo abandonar a la humanidad las cavernas y la impulsó a buscar la paz en planetas apacibles. Pero si empezamos a pensar de nuevo con nuestros músculos, ya estamos en camino directo de regreso a las cavernas. ¿Qué es lo que sois vosotros los metaurus? Una manada de cavernícolas golpeando a animales monstruosos con hachas de piedra. ¿Es que nunca os paráis a pensar por qué seguís aquí? ¿Qué clase de vida lleváis? ¿Dónde vais? ¿Qué porvenir os espera?

Korub se frotó la barbilla, pensativo.

Por fin murmuró evasivamente:

—No vivimos en cavernas ni empleamos hachas de piedra.

Meditó Farland que ya estaba harto de tratar de argumentar con los metaurus. Era como discursear con una muralla de piedra berroqueña.

Ellos tenían una lógica del momento. El futuro, desconocido, no les interesaba, como tampoco el pasado.

—¿Cómo sigue la batalla del perímetro?

—Terminó. O por lo menos está ya en sus últimos momentos.

Korub mostró a Farland unos estéreos de los atacantes. Reprimió Farland un estremecimiento. Korub añadió:

—Ha sido la más grave brecha que lograron abrir en años, pero los aniquilamos a)tiempo. No quiero ni pensar en lo que hubiera sucedido si no llegan a ser detectados hasta dentro de unos días.

—¿Qué son estas cosas tan repelentes? ¿Reptiles gigantes?

—¿Eh?

—Sí. Raíces. Enormemente modificadas, pero raíces. Avanzaban por debajo de las barreras del perímetro, a bastante profundidad. En sí mismas no son una gran amenaza ya que tienen escasa movilidad. Mueren pronto apenas son cortadas.

—Pues a mí me parecieron monstruos peligrosos.

—El peligro procede de que son usadas como túneles de acceso. Dos o tres razas nuevas de animales dañinos viven dentro de estas raíces en una especie de simbiosis. El verdadero peligro hubiera sido que las raíces mimasen por completo el perímetro penetrando a la vez por los cuatro puntos cardinales. Entonces sí que la situación habría resultado realmente apurada.

—¿Apurada, eh? En fin, allá vosotros. Si tan sólo uno de vosotros tuviera el seso para razonar, vería que la única solución está en abandonar este planeta definitivamente.

—¡El peor enemigo de Metaurus es precisamente el Yellower! —exclamó Korub furioso.

—¿Yellower? ¿Qué es eso?

Pero Korub, sin replicar, abandonó apresuradamente la sala.

Cansado Farland regresó a su cama. Durante dos días fue recobrando fuerzas. Dormía mucho. Leía el cuaderno del capitán Kranon como pasatiempo, ya que de nada servía su contenido, puesto que ningún metaurus admitiría que la única salvación estaba en abandonar aquel planeta condenado al exterminio por la flora y fauna circundante.

Los heridos fueron abandonando la estancia y pronto volvió a ocuparla él solo. La lluvia fustigaba a ráfagas los gruesos cristales del techo. Los volcanes invisibles estaban nuevamente en actividad. El suelo vibraba transmitiendo los hondos redobles.

Cuando cesó la lluvia, comprobó cuidadosamente su pistola y el

cinto-botiquín. Fue a ver a Korub.

—¿Qué hay de nuevo y mortífero en el mundo desde que me retiré de la circulación?

Korub le miró airado.

—No puedes salir. Zask lo ha prohibido.

—Zask prohibirá lo que quiera a sus compatriotas. Yo soy de fuera. Yo estoy de visita y me largo dentro de unos días.

La voz de Farland seguía teniendo un tono calmoso al agregar:

—Espero que no te ordenaría vigilarme para comprobar si yo obedecía.

Korub se frotó la barbilla, pensativo. Dijo encogiéndose de hombros:

—No te vigilo, ni quisiera que me encargasen esta tarea. Por lo que a mí respecta, este asunto es algo entre tú y Zask y por mí que siga así. Vete cuando quieras. Y hazte matar tranquilamente en cualquier sitio y así terminará la confusión que originas con tus ideas.

—Me agrada saber que te origino confusión. Es un buen síntoma. Vas empezando a usar el cerebro. Y ahora por favor instrúyeme si hay novedades en los peligros del tránsito para un, peatón inexperto como yo.

La única nueva mutación que las precauciones rutinarias no habían previsto era la aparición de un lagarto color plomo.

No era muy grande. Apenas unos dos metros. Escupía con mortal puntería un veneno que paralizaba el sistema nervioso. La muerte tenía lugar en segundos si la saliva tocaba cualquier porción de piel desnuda.

Había que procurar dispararles antes que pudieran aproximarse a una distancia de diez pasos.

Una hora de estallar lagartos-robot en la cámara de entrenamiento dejó capacitado a Farland para ejercer la adecuada maniobra.

Abandonó los edificios cerrados sin que nadie le viera salir. Siguió la orientación del mapa que se había proporcionado, hasta los

barracones más cercanos, avanzando cansinamente por las polvorientas calles.

La mañana era cálida, quieta, como si el aire hubiese cesado de existir. La quietud era truncada únicamente por el retumbar volcánico en la lejanía y el repentino e intermitente estampido de su pistola.

Magna estaba de servicio nocturno en las casamatas del perímetro, y regresaría a su alojamiento hacia media mañana.

Estaba Farland tendido en el camastro de Magna cuando ella entró.

—Vete. Pronto. ¿O tendré que echarte fuera?

—Paciencia, por favor, muchacha —y sentándose añadió Farland—: Estaba simplemente reposando en espera de tu regreso. Tengo que hacerte una pregunta sencilla y si quieres contestármela, me iré y ya no te molestaré más.

Indagó ella impaciente:

—¿De qué se trata?

Pero un matiz de curiosidad en su voz. Farland seleccionó cuidadosamente sus palabras:

—Por favor no vayas a soltarme un tiro. Ya sabes que soy un forastero de visita y al parecer, un bocazas también, pero me guía la buena voluntad. ¿Quieres ser tan misericordiosa como para demostrarme tu superioridad sobre los demás de la galaxia? ¿Quieres?

—Depende lo que tenga que hacer —replicó ella recelosa.

—Aguantar el genio y no reducirme a cenizas.

—En consideración a que dentro de unos días te habrás ido para siempre, estoy dispuesta a oírte sin enojarme.

—Estupendo, muchacha. Dime ¿qué es un Yellower?

Por un largo instante estuvo ella quieta, tensa. Luego le miró con disgusto.

—No sé cómo te las compones para preguntar siempre cosas muy repulsivas.

—Es que soy un ignorante, y puede que tengas razón, pero todo ello no contesta mi pregunta. ¿Qué es un Yellower?

—Es... Bueno, es una cosa de la cual no se debe hablar.

—Pero a mí sí que me interesa hablar de esto.

—¡A mí no! Un Yellower es lo más desagradable que hay en nuestra existencia y esto es todo cuanto voy a decirte. Pídele explicaciones a Skop. Y ahora ¿te vas o peleamos, Farland?

—Me voy, me voy.

En definitiva, ella le había dado ya una pista. Skop.

En el centro de empadronamiento junto al nombre de Skop figuraba su número-clave y el emplazamiento del lugar donde trabajaba.

Estaba cerca. Era un barracón enorme, cúbico, sin ventanas, con la única mención de «Provisiones alimenticias» sobre cada puerta cerrada.

La pequeña entrada abierta por la que se internó daba acceso a una serie de cámaras automáticas que fueron rociándole con sprays ultravioletas, ultrasónicos y antibio.

Las dos cámaras finales le proporcionaron un cepillado rotativo y una ducha copiosa.

Quedó finalmente admitido, húmedo pero muy limpio, al sector central.

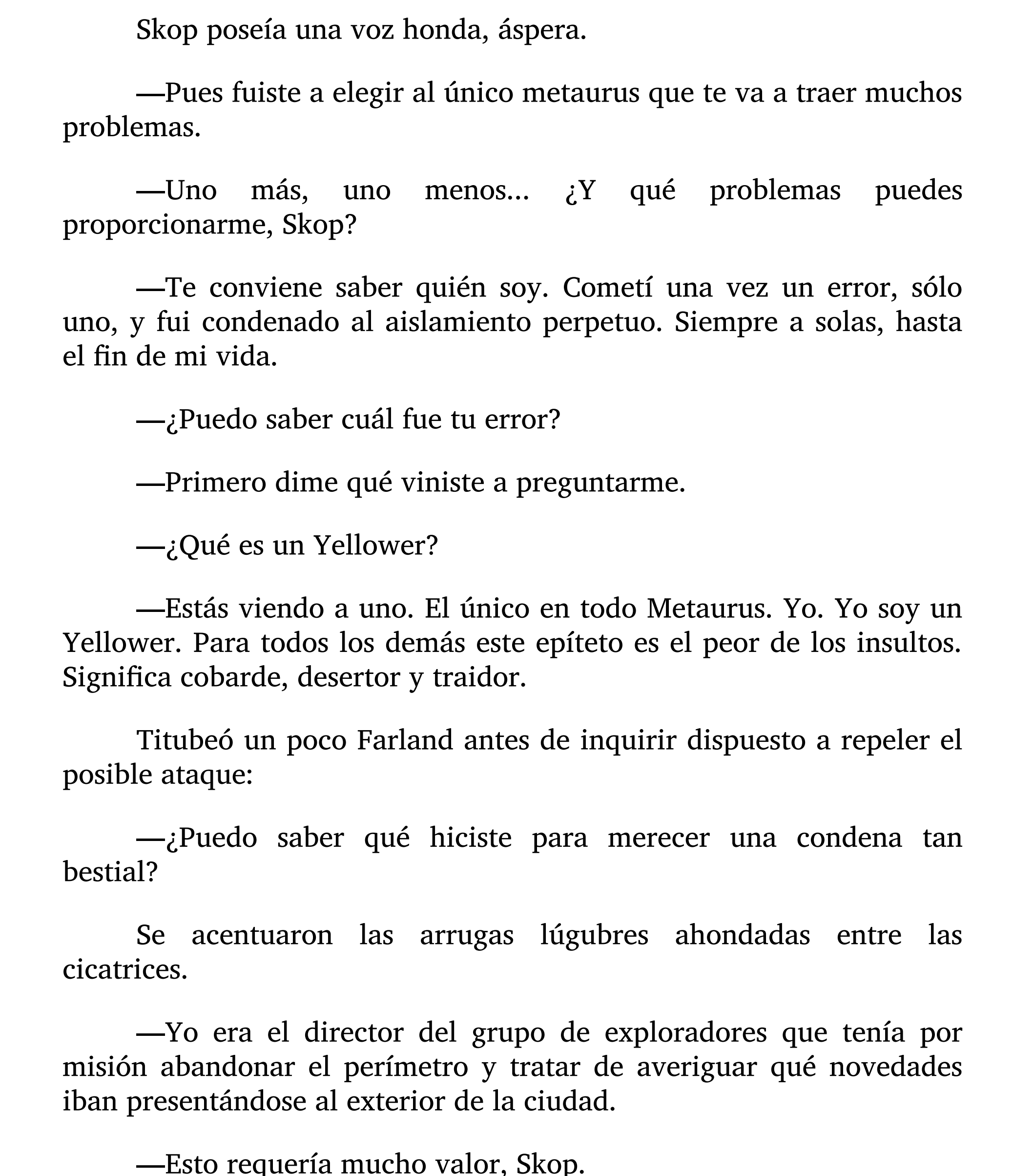
Hombres y robots estaban almacenando canastas.

Preguntó a uno de los estibadores por Skop. El interrogado le miró fríamente de arriba abajo y escupió con asco antes de informarle.

Skop trabajaba a solas en un amplio local-depósito. Era un individuo macizo, de ancho rostro surcado por cicatrices. Su expresión era intensamente lúgubre.

Cuando entró Farland interrumpió su tarea de alzar fardos voluminosos de considerable peso sentándose en el más cercano.

—Me llamo Farland. Vine a visitar Metaurus, y pronto voy a irme. Me intriga cierta palabra y me han indicado que me dirija a ti.



Skop poseía una voz honda, áspera.

—Pues fuiste a elegir al único metaurus que te va a traer muchos problemas.

—Uno más, uno menos... ¿Y qué problemas puedes proporcionarme, Skop?

—Te conviene saber quién soy. Cometí una vez un error, sólo uno, y fui condenado al aislamiento perpetuo. Siempre a solas, hasta el fin de mi vida.

—¿Puedo saber cuál fue tu error?

—Primero dime qué viniste a preguntarme.

—¿Qué es un Yellower?

—Estás viendo a uno. El único en todo Metaurus. Yo. Yo soy un Yellower. Para todos los demás este epíteto es el peor de los insultos. Significa cobarde, desertor y traidor.

Titubeó un poco Farland antes de inquirir dispuesto a repeler el posible ataque:

—¿Puedo saber qué hiciste para merecer una condena tan bestial?

Se acentuaron las arrugas lúgubres ahondadas entre las cicatrices.

—Yo era el director del grupo de exploradores que tenía por misión abandonar el perímetro y tratar de averiguar qué novedades iban presentándose al exterior de la ciudad.

—Esto requería mucho valor, Skop.

—Lo tuve. Y sigo teniéndolo, aunque sea ya una basura para los demás. En cierta ocasión, cuando de todo mi grupo solamente pudimos regresar una docena... y yo con estas marcas... —se tocó el rostro— que también adornan mi cuerpo, cometí el peor de los errores. Sí, le dije a Zask que nuestra lucha era cruenta y que a la larga seríamos exterminados.

Farland miró con repentino interés al que proseguía:

—Le dije a Zask que por el propio bien de nuestro pueblo, de

nuestras mujeres y niños, no debíamos obligar a permanecer en este planeta a quienes no quisieran quedarse.

Pestañeó Farland figurándose la reacción de Zask.

—No cabe duda que eres un tío valiente, Skop. ¿Qué te contestó Zask?

—No me mató porque antes de hablarle solicité que ambos estuviéramos desarmados. Después dijo que la muerte era poca cosa para castigar mi osadía. Sentenció que todo aquel que me hablase sería condenado a morir a fuego lento. Tú, siendo forastero, te salvas.

—Ya que conoces bien a Zask ¿por qué crees que se empeña en seguir una lucha cuyo final será el exterminio para los pobladores de Metaurus?

—Su esposa y sus tres hijos murieron horriblemente, destrozados por la repentina incursión de unos grandes murciélagos que se abatieron inesperadamente sobre la plaza en la que se celebraban unos festejos. Desde entonces, y de eso hace cuatro años, Zask sólo está dominado por deseos de venganza, de aniquilar a todo lo que pretenda atacar su ciudad. No sabe ver ni comprender otra cosa. Y para él todo aquel que pretenda renunciar a esta constante lucha es un cobarde traidor.

Levantándose, agregó Skop:

—Y ahora, vete. Hablé demasiado. Ojalá que tu visita no te proporcione una represalia cruel de Zask.

—¿Zask es el supremo jefe de Metaurus?

—Casi. Por lo menos nadie se atreve ni se atreverá a llevarle nunca la contraria. Adiós, forastero. Vete cuanto antes. Vive. Disfruta de la existencia, si puedes. Y esto solamente lo conseguirás, lejos de Metaurus.

Skop volvió a su tarea. Alinear en los alvéolos del depósito los pesados y voluminosos fardos.

De nuevo en la calle meditó Farland que el único metaurus sensato que hasta entonces había tratado era el Yellower execrado por toda su raza.

El ex jefe de los exploradores Skop.

CAPÍTULO XII

Al atardecer vino Magna a su habitación.

—Dice Korub que es quizá conveniente que te escuche, ya que al parecer has de hablarme de varias cosas importantes para Metaurus.

—Para Metaurus, para ti y para mí. Lo que observo en que tienes aspecto como trastornado, confuso.

—No sé lo que quieres insinuar. No estoy ni confusa ni trastornada, sino simplemente aburrida. En vez de ocuparme de servicios de perímetro tengo que esperar el regreso de la nave para transportarte a Kan. ¿Te extraña pues que esté aburrida?

—Persisto en que estás confundida. Y puedo explicarte las razones. Lo cual todavía te confundirá más. Una tentación que francamente me es imposible resistir.

Ella le contempló fijamente a través de la mesa que les separaba.

Uno de sus dedos, inconscientemente, rizaba y desrizaba uno de los bucles que en mechón caía sobre su frente.

Como mujer metaurus obedeciendo instrucciones y actuando, tenía tanta personalidad como un engranaje de maquinaria.

En cambio, fuera de su servicio, inactiva, recordaba más a la

muchacha que había conocido en su vuelo hacia Metaurus.

Se preguntó si sería posible lograr que ella comprendiese lo que pretendía.

Su última y gran jugada.

Posiblemente también la definitiva, si perdía.

—No estoy ofendiéndote ni mucho menos, cuando digo que estás confusa Magna. Con tus antecedentes no puede ser de otro modo. Tienes una personalidad insular. Admito que Metaurus es una isla muy singular con un montón de problemas que hasta ahora más o menos habéis resuelto. Pero no por ello deja de ser una isla. Cuando te enfrentas con un problema cosmopolita, estás confusa.

—Hablas tonterías. Metaurus no es una isla.

—Empleé el término como un símbolo. Voy a presentarte el problema en forma más concreta. Con un ejemplo. Supongamos que te dijese que allí, colgando del dintel, hay una araña venenosa voladora...

La pistola de Magna estaba apuntando el dintel antes que Farland pronunciase la última palabra.

Expuso Farland:

—Era solamente un ejemplo. No hay nada allí.

—Entonces ¿por qué me dijiste que era una araña venenosa?

—Seguimos con el ejemplo, Magna. Has demostrado ser muy capaz de resolver un problema metaurus. Pero si te dijese que hay algo colgando del dintel que parece una araña venenosa, pero que en realidad es una especie de araña hilandera que teje una seda con la cual se hacen vestidos ¿qué harías?

Magna frunció las cejas concentrándose perpleja.

Dijo por fin:

—No dejaría de ser una araña. Y aunque tejiese seda, mordería si la dejase acercarse, por lo cual sería preciso matarla.

Y sonrió satisfecha ante la lógica de su respuesta.

—Cometerías un error, Magna. He descrito precisamente la araña tejedora que vive en el planeta Strafer. Se dedica a hacer un trabajo tan útil que es respetada y no necesita defensa alguna. No teme ni ataca. Se instalaría en tu mano y tejería si así lo quisieras. Por consiguiente, si yo trajese un cargamento de estas arañas inofensivas y apacibles a Metaurus, nunca podrías estar segura de cuándo deberías disparar ¿no es así?

—Bueno, pero aquí no hay arañas apacibles y tejedoras.

—Tal vez las hubo, pero los primeros pobladores al querer exterminar la fauna, la convirtieron en agresiva. Y suponiendo que viniesen animales pacíficos, todas, las normas por las que te gobiernas cambiarían. ¿Vas comprendiendo? Tu forma de vida exige una guerra interminable con toda clase de elementos que procedan del exterior del perímetro en que os encerráis como prisioneros a perpetuidad.

—¿Qué otro remedio nos queda?

—Esto es lo que pretendo hacerte comprender. ¿No te agradaría que cesase este constante belicismo? ¿No te gustaría una existencia que fuera algo más que una interminable batalla para sobrevivir? Una existencia donde fueras feliz, alegre, con amor, apreciando lo delicioso de la normal existencia… Música, arte, hogar… Todas las cosas que permiten disfrutar y que nunca has tenido tiempo de saborear.

Toda la adustez de los metaurus había desaparecido de su rostro al ir escuchando ella con progresiva atracción.

Farland, mientras hablaba, había adelantado las manos cogiendo las femeninas. Estaban tibias y su pulso latía aprisa.

Súbitamente, Magna tuvo consciencia del creciente agrado con el que escuchaba aquellas frases nuevas para ella.

Retiró sus manos levantándose a la vez.

Parpadeaba como si quisiera arrancarse de un embrujo.

Se dirigió caminando rígidamente hacia la puerta.

Sin moverse, ni hacer nada por impedir que se fuera, añadió Farland:

—Has estado en otros lugares de la galaxia, Magna. Te consta que hay algo mucho más hermoso en la vida que matar y morir como

sucede en Metaurus. Sientes dentro de ti que es cierto, aunque no quieras admitirlo todavía.

Salió ella casi corriendo.

Tardó Farland unos instantes en murmurar:

—Magna... Tengo la esperanza de que la mujer gane a la metaurus. Por vez primera en la historia de esta sanguinaria y belicosa ciudad creo haber visto lágrimas en los bonitos ojos de una de sus ciudadanas.

* * *

Zask extendidos los brazos y crispadas una mano a cada esquina de su mesa, parecía a punto de querer astillar la recia madera.

Miró con enojo al que entraba acompañado de Magna.

—He accedido a recibirte y oírte porque mañana mismo partirás y por fin, felizmente, te perderé de vista. Puedes hablar. Le he prometido a Magna escucharte sin agredirte.

—Y según Magna, eres un hombre de honor que cumple lo que promete.

—¿Acaso lo dudas?

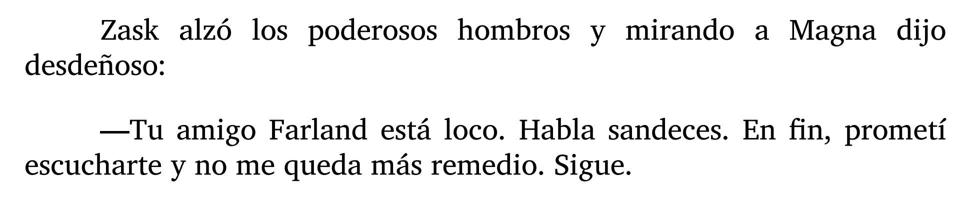
—No, pero voy a ponerte a prueba. He perdido muchas horas hablando con alguien cuyo solo nombre os produce estremecimientos de repulsión. El llamado Skop.

La madera de la mesa crujió. La respiración de Zask semejaba la de un fuelle soplando en fogata de herrero.

—No solamente he hablado con él, sino que le he acompañado en uno de sus viajes al exterior del perímetro en busca de provisiones. ¿Te has preguntado por qué él va en busca de provisiones, y regresa sin haber sido atacado?

—Será porque es hábil, escurridizo y taimado.

—No. Es porque su espíritu anhela paz.



Zask alzó los poderosos hombros y mirando a Magna dijo desdeñoso:

—Tu amigo Farland está loco. Habla sandeces. En fin, prometí escucharte y no me queda más remedio. Sigue.

—Yo no soy sanguinario, ni deseo la destrucción. Me agrada la paz. Por esta razón pude acompañar a Skop y regresar ileso. Y tuve la revelación inesperada del modo como puede terminar esta guerra.

—No hacen falta incursiones al exterior ni revelaciones, Farland. Yo también sé cómo puede terminarse esta guerra. Con el total exterminio del enemigo.

—¿Qué enemigo?

—La flora y la fauna que nos son hostiles.

Alzó Farland una mano; señalando a lo lejos

—¿Son las plantas y los animales o sois vosotros los hostiles? Aguarda, aguarda, no te acalores, Zask. Déjame seguir. Suponiendo que te explicase cómo conseguirlo ¿estarías dispuesto a negociar un armisticio?

Bufó Zask en algo que quería ser una risotada despreciativa.

—¿Negociar con plantas salvajes y destructivas? ¿Negociar con animales venenosos que sólo piensan en matar? ¿Acaso oyen? ¿Acaso hablan?

—Aquí te quería llevar, y luego lo aclararé, Zask. Dime primero… ¿Estarías dispuestos a negociar un armisticio?

—Te diré mi opinión sobre un armisticio, por seguirte la corriente. Pedir paz es de cobardes. Sabemos que si la guerra terminase podríamos construir aquí un mundo mejor. Pero si tuviéramos que elegir entre continuar la guerra o aceptar una paz cobarde… votaríamos por la guerra. ¡Esta guerra terminará solamente cuando el enemigo quede por completo aniquilado!

—Maravillosas palabras, Zask. Y estoy casi seguro que piensas que son muy originales. Es la eterna canción. Tú eres la luz y defiendes lo justo y tus enemigos son diabólicas criaturas de las tinieblas. Y no importa un rábano que el otro lado piense y diga lo mismo. Estas palabras son las que han estado matando incesantemente

desde el nacimiento de la humanidad.

—Menos discursos y al grano. Dijiste que tuviste una revelación inesperada sobre una manera de terminar esta guerra. Estoy dispuesto a oírla, siempre que sea una solución que no atente a nuestra valentía y superioridad de seres humanos y metaurus.

—La primera condición es difícil para ti, Zask. La paz sólo puede obtenerse dejando de odiar. ¿Cuál es tu peor enemigo entre los ciudadanos de Metaurus?

—¿Quién va a ser? El cobarde, traidor, desertor, Yellower... ¡Este inmundo individuo llamado Skop!

—Divagas ya demasiado, Farland. Al grano. ¿Cuál es la primera condición para que me expliques tu supuesta gran revelación?

—Que dejes de odiar a Skop y aceptes estrechar su diestra.

Zask avanzó lentamente hacia Farland.

Farland retrocedió hasta que sus espaldas tocaron el gran mapa provisto de pesadas barras correderas.

La mano de Zask se proyectó no en puñetazo, sino en abierto bofetón. Esquivó Farland acompañando el golpe bestial. Pese a ello rodó por el suelo.

Se incorporó asiendo una de las barras. La agarró con ambas manos y la desprendió. Con ella golpeó fuertemente el rostro de Zask.

Rajó la piel del pómulo y de la frente. La sangre manó copiosa de los cortes.

Pero no pareció conmover la fortaleza física del coloso que sonrió con expresión de refocilamiento:

—Así me gusta. Que pelees, que luches. Así me producirá mayor satisfacción matarte.

Echó hacia atrás su puño de granito que disparado arrancaría la cabeza de Farland de sus hombros.

Farland dejó caer la pesada barra.

Cruzó los brazos.

—Adelante, gran hombre. Mátame. Lo puedes hacer muy fácilmente. Pero luego no se te ocurra calificarlo como un acto de justicia. Medita, si es que te resulta posible. A fin de cuentas ¿á mí qué me importa Metaurus? ¿Qué me va ni me viene en que no quede uno solo de vosotros? Yo te iba a ofrecer un medio de obtener la paz y tú anhelas la guerra. Mátame para sobornar a tu conciencia, ya que la verdad es algo que no quieres afrontar.

Con un bramido de furor, Zask lanzó su demoledor directo.

Magna, saltando felinamente, se agarró con ambas manos al voluminoso brazo, apartándolo antes que el puño pudiese golpear.

Quedó suspendida del brazo que el inmovilizado Zask mantenía tendido mirando a la vez con asombro a la muchacha.

—¿Tú, Magna? Tú, a la que quiero como a una hija… ¿te has atrevido a defender a este… este loco?

—Perdona, Zask, pero es que he visto algo asombroso, algo increíble. Te suplico accedas a ver… a ver a Skop.

Bajando el brazo en sacudida, que proyectó a Magna a varios pasos de distancia, pareció de nuevo a punto de acometer.

Farland se limitó a manifestar:

—¿A mí qué me importa la suerte de Metaurus? Ya que mañana me voy, ¿no me resultaba más sencillo seguir tumbado a la bartola? ¿Para qué iba yo a exponerme a que me rompas la crisma?

Lentamente se dirigió Zask de nuevo a su mesa. Sentándose, en sus ojos había destello de astucia. Y decretó:

—Hasta un ciego vería tus motivos. Amas a Magna, la quieres por mujer.

—Y por esta misma razón para ella deseo que nuestros hijos crezcan como niños normales, no con pistola entre los dientes de leche, y pegando tiros a los dos años de edad.

—Te hubiese sido más fácil convencerla de que hay otros planetas más tranquilos, tratar de que ella se quedase contigo en otro planeta.

—No, porque ella es fiel a tu causa. Cierto que la quiero, y por

esto mismo no la ofendí pidiéndole que abandonase este planeta como una fugitiva. Ni ella ha de huir… ni yo tampoco. Si he de irme sin ella, me quedo. Sí, hombre, me quedo. Y para que suba a bordo tendrás que hacerme pedazos ¿te enteras, Zask?

Zask crispó los puños sobre la mesa. Por fin, masculló :

—Mucho te quiere este hombre, Magna… Dejémonos de sentimentalismos. ¡Habla ya, Farland! ¿Por qué rayos habría yo siquiera de consentir volver a ver al Yellower?

Sentándose, agotado tras el momento de crisis peligrosa, Farland se tocó la frente:

—Es natural que me consideres un loco, porque hago trabajar mi imaginación, Zask. Leí varias veces el cuaderno del capitán Kranon. Até cabos. Uní cierto párrafo con algo que me parecía incomprensible. ¿Por qué dada la hostilidad de flora y fauna, Skop cada vez que salía en busca de provisiones con su camión, regresaba sin ni siquiera un leve arañazo? Y de pronto vi la respuesta. A Skop le da igual vivir o morir. No siente odio hacia los animales ni las plantas que para todos vosotros son hostiles. Y por esto mismo ¡plantas y fieras no sienten odio hacia él!

Sacudió Zask la cabeza de un lado a otro.

No era una negativa. Era que no comprendía nada.

—Le acompañé en su reciente salida en busca de alimentos. Le vi bajar y recoger frutas. Se acercó una enorme bestia que me pareció un lobo mixto de oso, ya que tenía la corpulencia del oso, podía caminar de pie, y en cambio tenía la cabeza del lobo.

—El Dinger. Su abrazo mata. Sus garras son venenosas y sus colmillos destrozan en un segundo a un hombre —expuso Zask.

—Bien, pues al Dinger ese le faltó poco para menear el rabo cuando Skop lo acarició la pelambrera del cuello. Más lejos, apareció un monstruoso animal, de cuerpo lleno de escamas y cuernos retorcidos. Le silbé a Skop para que se diera cuenta, señalándole al monstruo. Skop se limitó a mirarle como si tal cosa. Ni estaba interesado ni asustado. Y el bicho pasó por su lado y Skop siguió recogiendo provisiones. ¿Qué explicación le das estos dos hechos, Zask?

—El maldito traidor de Skop puede que posea magnetismo… O

que apeste tanto que hasta los animales le huyan.

—No le huían. Se acercaban, pasaban por su lado... y ninguno le atacó. ¿Por qué? Porque tampoco Skop deseaba atacarlos.

Pulsó Zask un botón. Casi al instante entró en su despacho Korub, el director de las Cámaras de entrenamiento y adaptación.

—Te he llamado, Korub, porque este forastero cuenta cosas increíbles pero no quiero juzgarle, ya que no sería imparcial. Escúchale tú, y determina qué clase de visionario es o qué clase de charlatán, que casi ha logrado convencer a Magna.

Korub, el científico, se acarició la barbilla en su gesto peculiar. Y replicó:

—Antes de que ambos entrasen, Magna me rogó conectase todas las redes televisivas, ya que confiaba en tu sentido de la justicia. Tanto yo, como todos los ciudadanos de Metaurus, han visto y oído todo, desde un principio, desde el mismo momento en que se inició esta entrevista.

Miró Zask fijamente a Magna:

—¿Cómo te permitiste esta maniobra, sin consultarme?

—Porque... porque yo también presencié cómo Skop caminaba por entre las raíces devoradoras, las plantas antropófagas y toda las clases de animales que a nosotros nos atacan.

—¡Rectifico! —intervino Farland—. No fueron las plantas y animales las que atacaron a los primeros pobladores de Metaurus, sino éstos. Por el cuaderno del capitán Kranon, puede reconstruirse la historia de este planeta. Cuando los primeros pobladores llegaron hace trescientos años, vieron una fauna distinta a la que estaban acostumbrados. Cosa lógica. La creyeron agresiva, hostil, y allí es donde empezó todo. En la página tercera, dice más o menos el capitán Kranon: «Hoy es

talló un incendio en la selva. Toda clase de fieras acudieron y nos atacaron». ¿Es lógico esto, Korub?

—Tú eres el que pretende demostrar algo, y a nosotros nos toca oír y juzgar, Farland.

—¿Qué hacen los animales cuando la floresta se incendia? Salen

huyendo, de estampida. ¿Cómo reaccionaron los pobladores? Al ver acudir la manada de impresionantes animales, creyeron en un ataque, cuando lo que ocurría es que los animales huían del fuego. Los pobladores exterminaron con sus armas al mayor número posible de animales. Y al hacer esto quedaron automáticamente clasificados como desastres naturales, calamidades naturales.

—Aclara este punto, por favor —solicitó Korub.

—Cuando cualquier peligro les amenaza los animales se unen para luchar contra dicha amenaza. Y esto es lo que hicieron. Los desastres y calamidades para ellos tienen diversas formas, Inundaciones, terremotos, lava ardiente. De estos fenómenos huyen. Pero hay otros desastres que pueden eliminar. Incluyeron en ¡a clase de desastres a los bípedos con pistolas. Y así empezó la guerra. Los animales supervivientes informaron a todas las formas de vida del planeta de que habían llegado enemigos a exterminarlos. La radiactividad de este planeta fue originando numerosas mutaciones y estas mutaciones eran cada vez más monstruosas, más mortíferas para su enemigo, el hombre. Lógicamente, los pobladores fueron también perfeccionando sus defensas y modos de ataque. Mejoraron sus métodos de matanza, sin que ello evitase la creciente disminución de población. Vosotros, los descendientes de aquellos pobladores, sois los herederos de aquella herencia de odio. Lucháis y lentamente iréis sucumbiendo, porque tenéis en contra a toda la Naturaleza. ¿Cómo podéis ganar contra las reservas biológicas de un planeta que puede volver a crear nuevos seres para afrontar cualquier nuevo ataque?

Un silencio absoluto siguió a la larga parrafada de Farland.

Zask miró interrogante a Korub, el cual manifestó dubitativo:

—Suponiendo válida esta teoría ¿por qué afirmas que puede haber un armisticio, una paz, un término a esta guerra?

—Tempestades, volcanismo, lluvias diluvianas, calores ardorosos, son también defensas naturales del planeta contra el poblador hostil. Y todo ello irá en aumento mientras vosotros no ceséis de odiar, de guerrear.

—Esto sí que me resulta incomprensible —rebatió Korub.

—Para mí resultó comprensible en forma práctica. Presenciada por Magna. Me asombró el poder especial que parecía tener Skop. ¿Por qué ninguna fiera ni planta le atacaba? Me replicó que era sencillísimo: plantas y fieras sabían que él no las odiaba.

—¿Qué sabían...? —empezó a protestar Zask.

Intervino Korub:

—A Farland le resultó comprensible. Que nos explique cómo.

Farland cerró los ojos evocando. En sus facciones había una mueca de repulsión.

—Skop me señaló un bicho verdaderamente asqueroso. Lleno de pinchos, garras y cuernos. Solamente tenía una zona limpia de erizamientos venenosos. Bajo los largos maxilares. Me dijo Skop: «Piensa que este animal desea vivir en paz, como tú. Le fatiga tener que estar siempre alerta contra el hombre. Contra el animal bípedo provisto de pistola. Piensa en este animal como en un ser acorralado, siempre perseguido, que se ve obligado siempre a pelear. Piensa en él con amistad, sin odio, sin rencor, sin hostilidad.» Eso me dijo.

—¿Qué contestaste?

—Que me daba algo de pánico y mucho de asco. Skop me replicó que lo mismo le pasaba al bicho. Y esto me convenció. Bajé del camión blindado. Me aproximé... con mucho pánico, y menos asco. Traté de mirar al bicho con cariño. Pensé que era una lagartija desamparada, la pobrecilla. Alargué la mano, jugándome el todo por el todo. Y...

En la pausa que hizo gozó de la atención no ya de los presentes, sino de todos los ciudadanos de Metaurus pendientes de sus pantallas caseras.

—...Y el animal se encogió un poco, se estremeció levemente, y le estuve rascando debajo de la mandíbula unos segundos, y al retroceder yo, el animal ya no tenía en sus ojos brillo verdoso maligno, sino una mirada apacible, casi agradecida. Subí al camión, y durante minutos estuve medio muerto de cansancio y nervioso.

Korub sonrió. Por vez primera en su vida. Aprobaba cabeceando satisfecho. Declaró:

—Eres muy sincero, Farland. Es propio de valientes reconocer sus terrores. Sigue. ¿Qué dedujiste?

—Que el elemento, el factor, que hace distinto es te planeta a tocios los demás de la galaxia pasó desapercibido a todos, hasta que Skop con su indiferencia al darle igual morir que vivir, al caminar por

entre las fieras sin importarle un bledo si le atacaban o no, me dio la clave. El elemento que hace distinto a Metaurus es que todas sus formas de vida son telepáticas. Elementos, plantas y animales, si el hombre les es hostil tan sólo en pensamiento, desencadenan en ellos pensamientos hostiles. Basta acercarse a cualquier supuesto monstruo pensando que es un buen amigo, que queremos paz, que queremos vivir y dejar vivir, y como ellos desean lo mismo, se acabó la guerra.

Zask se puso en pie. Asestó un retumbante puñetazo en la mesa.

—Farland, tienes un pico de oro. Magna te quiere y pudo ver, o creyó ver, lo que quisiste que viera. Yo sólo creo en lo que veo yo mismo.

—Eso dijo Santo Tomás.

—¿Quién es éste?

—Hace siglos que pasó a mucha mejor vida. Bien, Zask, es muy justo lo que solicitas. Pensé que si lograba salir vivo después de conversar contigo, pedirías algo semejante. El almacén donde vive Skop aislado, tiene acceso directo al exterior. En su almacén hay una instalación televisiva. Si los ciudadanos de Metaurus te ven a ti, Zask, haciendo las paces con el enemigo más hostil que elijas tú mismo… reinará la paz definitivamente en Metaurus.

Todos miraron a Zask.

Y éste habló lentamente:

—No puedo en un instante trocar mi modo de ser y pensar. Nadie puede poner en eluda mi valentía. Pero me sería difícil evitar que en mi pensamiento alentase odio.

—Es muy justo lo que dices, Zask. Perdiste a los seres que amabas, pero trata de pensar también que los animales tienen hijos, mujeres… que también son exterminados. Un hombre como tú no llora. En cambio, la fiera más valiente, ¿sabes tú si a solas, de noche, no gime desconsolada?

Asintió gravemente Zask.

Fue Korub el que solicitó:

—Yo, como científico, me he educado en nunca odiar ni querer. Pero puedo ser indiferente, casi amistoso. Pido que me permitas, Zask,

comprobar personalmente si la telepatía natural del planeta nos puede conducir a la paz definitiva.

* * *

Korub, Magna y Farland aguardaban en el gran almacén de Skop.

Una cámara instalada en cada una de las esquinas, reproducía para toda la población de Metaurus, incluido Zask, cuanto iba a suceder.

Apareció Skop. Y reiteró Farland:

—Emplead la imaginación a fondo, por favor. Mirad qué preciosa criatura trae Skop, nuestro amigo Skop. Ved qué hermosa tórtola lleva sobre su manopla.

Sobre la diestra enguantada de Skop se posaba un animal de aspecto terrorífico. Tenía semejanza con un buitre, pero su altura triplicaba la de un buitre normal.

—Es un Bat-Venom —murmuró Korub.

—O sea que nadie pone en duda que es el famoso murciélago venenoso. Deseo que todos estén seguros de que aquí no hay el menor truco.

Dijo Korub:

—Es un Bat-Venom. Desde aquí mismo puedo oler el veneno que despiden las garras de sus alas y pico.

Señaló las marcas oscuras en el cuero y malla de la manopla donde el líquido venenoso de las garras había goteado.

—Si este veneno penetra la manopla, Skop morirá.

Manifestó Farland:

—Entonces estamos de acuerdo en que éste es el Bat-Venom legítimo. Y la única prueba de la teoría será la proporcionada por cualquiera de vosotros dos, Korub o Magna, si se aproxima

amistosamente al Bat-Venom.

Magna dijo temerosa:

—No... no podemos.

—Sí que puedes, Magna. Si no odias al animal y tienes confianza en que no te atacará... no te atacará. Piensa que es una criatura inofensiva.

—¿Por qué... Skop lleva al Bat-Venom atado con cadena de sus garras?

—Por si huele en su pensamiento que le odiáis o pensáis atacarle, entonces se defendería.

Korub avanzó lentamente, fija la mirada en la monstruosa ave posada en la ancha manopla del atlético Skop.

Se detuvo Korub a tres pasos.

El Bat-Venom movió un poco las alas picudas, exhalando un tenue silbido amenazador.

Skop dijo con voz afable:

—Todos quieren ser tus amigos, Bat. Y es bueno que sepan que te agrada mucho que te acaricien este plumón tan precioso que tienes en la testuz.

Korub alzó a poco la diestra desnuda. La posó con gran suavidad en el único sitio emplumado de la descamada cabeza. Frotó un poco.

El animal no hizo nada, salvo estremecerse ligeramente bajo el toque.

Korub retrocedió sudoroso.

Magna inquirió en voz baja:

—¿Cómo lo lograste, Korub?

—¿Qué, cómo? —masculló el científico como surgiendo de un estado de ofuscamiento deslumbrado—. Ah, pues, tocando al bicho. Muy sencillo. Me puse a pensar que era tan sólo uno de los duplicados inofensivos que se emplean en las cámaras de entrenamiento.

Se miró la diestra y luego miró al enorme murciélago.

Su voz ahora era menos insegura, como si hablase a los invisibles espectadores en una conferencia:

—Oigan... No es un duplicado, saben. Es legítimo. Era lo que creíamos una fiera mortífera. Y ya veis... El forastero tenía razón. Tiene razón. Nuestro amigo Farland tiene razón en todo cuanto ha dicho.

La puerta se abrió.

Zask caminaba con lenta zancada, rígido, como si se dirigiera al patíbulo.

Surcos de sudor resbalaban por su tenso rostro.

Pero mantenía sus pensamientos dirigidos a una sola idea. También aquel ser podía tener hembra, hijos, que los hombres mataron.

Por su pueblo, por Metaurus, debía reinar la paz, cesar el odio.

Y murmuró infantilmente:

—Hemos de vivir en paz, Bat. Hemos de ser amigos, Bat.

Su mano se posó en la cresta del murciélago. Permaneció en ella más de un minuto, acariciando.

El pico del murciélago frotó de frente sobre el hombro del coloso. Correspondía a la demostración de amistad.

Skop quitó la cadena que retenía las garras del murciélago, que en vuelo lento, tranquilo, abandonó el local, regresando al exterior.

Skop manifestó:

—Irá propagándose entre fauna y flora que los Metaurus queremos vivir en paz con todos ellos.

Zask titubeó. Por fin extendió la diestra abierta. Y dijo:

—Si Bat no me escupió, ¿por qué vamos tú y yo a escupimos, Skop?

Titubeó, también Skop. Y por fin replicó:

—Es cierto, Zask. Hemos de ser por lo menos tan generosos como Bat.

Se estrecharon las manos. Ambos eran nobles.

Anochecía en la calle donde Magna y Farland caminaban sin prisas, sin recelo, sin hostilidad. Entraron en la habitación de Magna.

Miró ella hacia lo alto y sonrió:

—Las estrellas son algo maravilloso, ¿verdad?

El brazo de Farland rodeó la cintura femenina.

La besó. Y ella devolvió el beso con pasión.

FIN

[1] **Gravedad uno.**